

Revista de Dec.
abril 68

AMD, 37, 14, 7

1



El lenguaje del Limbo

(*Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes
Ediciones Destino, Barcelona, 1967)

Animales domésticos sin derecho a la razón

VIVIR en el limbo no nos parece mal a los españoles. En lenguaje moliente, vivir en el Limbo y vivir en Babia viene a ser lo mismo. Babia es tanto el reino de la distracción y las musarañas, del despiste y el alejamiento de la realidad inmediata, como un mundo colorido y acaso interesante, poblado por maniáticos razonables y pintorescos, sustancialmente inofensivos. Las diferencias entre este territorio y el lugar a donde, según los teólogos, van las almas de los niños muertos antes del uso de razón sin haber recibido el agua bautismal, resultan imperceptibles en el lenguaje común. En la práctica cotidiana, el español hace indistintamente habitantes del Limbo y de Babia a los seres cuyo principal distintivo es la inocencia, entendiéndola como un desinterés, más o menos voluntario, por las impurezas fundamentales de la vida terrena. El alma española, cuando envía a su vecino a esas moradas, lo hace con una evidente propensión a la piedad. Más que castigar, aparta a los puros. No condena al exilio, acomoda. Al menos, tal es lo que se desprende de nuestros modos de hablar. Lo que supone, sea cual fuere ese matiz risueño que decidimos conferir al Limbo, enmendarle la plana a la Teología.

No creo un disparate hablar de manipulaciones con la Teología. Se considera al alma española imbuida de teología.

Y en el supuesto de que esta constante sea hoy cierta solo en mínima parte, sí es real, desde luego, el aprendizaje de una noción teológica —el Limbo— como realidad íntimamente ligada al mal. La inmensa mayoría de los españoles de la clase culta ha sido educada en la fe católica por dos piadosos jesuitas que, en sus catecismos, sitúan ese enclave en los dominios reservados al mal en grado sumo: la privación de Dios. ¿Qué instancias nos llevaron a describirlo de este otro modo? Hospedamos en él, sí, a quienes representan la animal pureza inocente, incapaz de distinguir el bien del mal; pero, además, a los ayunos de conocimiento. Curioso asunto. ¿por qué el español, puesto a teólogo, hace iguales cosas distintas como son ignorancia y falta de discernimiento?

La ciencia moderna, la psicología, ha retirado al niño numerosos certificados de inocencia; ha probado su ruindad, su voluntad de poder, su egoísmo ciego, su voluntario uso de la doblez, la hipocresía y la mentira, su crueldad. El español, interesado o no por la ciencia, admite esta esencial realidad de la infancia y continúa instalándola en el Limbo. No ha de esforzarse, para ello, en alterar sus convicciones; le basta con señalar cómo existe una anticipación teológica; y cómo la Teología, al igual que la ciencia después, quiere al ser irracional todavía y ajeno a la gracia, un animalillo, una pequeña bestia dañina, aunque irresponsable. Es decir, situando en el Limbo a la infancia, el español se muestra coherente en gran medida con sus saberes teológicos y las aportaciones del conocimiento científico.

No parece, por tanto, la necesidad de alojar a la infancia el motivo de esa antiteológica acepción usual del Limbo. Desde luego, cuando el español hace del niño morador de tal paraje, ilumina este último. Pero es que el lugar descrito por la acepción aquí comentada perdió su original dimensión de refugio para la inocencia impura, situado en los confines del mal, reservado a los incapaces de gloria a pesar suyo; territorio a mitad de camino del purgatorio y el infierno. El español, hoy, manda a su vecino al Limbo con un deje amable y un paternal saludo, sin ninguna crueldad ni remordimiento. La razón de ese desenfado y del ameno paisaje que el mismo describe hay que buscarla en otro habitante del reino: las mujeres. En el sentir común de las gentes de nuestra tierra, son mujeres los principales y naturales ciudadanos del apartado lugar.

¿Todas las mujeres? No. Solo un particular tipo de mujer, más semejante a un animal doméstico que a un ser humano.

Precisamente aquella en que tal encarnación es fruto no de la propia condición femenina, no sustancialmente de sus caracteres biológicos, sino de un ideal masculino y de una educación a él ligada; de unos esquemas de valores y creencias que se transmiten a esa mujer desde la infancia y que ella admite sin resistencia. No a todas las mujeres españolas conceden sus hombres carta de naturaleza en el Limbo. No le sucede tal cosa a la del obrero ni a la del trabajador campesino. Ambas condiciones van ligadas íntimamente a la pobreza y esta hace florecer la desconfianza, una cierta maldad, y, siempre, un intuitivo conocimiento de la realidad del mundo, de sus leyes y delitos con la consiguiente acomodación a ese pecador estado. Otra cosa será que tales seres delincan o no, pero no son sustancialmente ignorantes y, por tanto, no son inocentes. La mujer pobladora del Limbo pertenece a la clase media, es una buena hija de familia, ignorante ante todo, imprudente y torpe en cualquier terreno que no sea el gobierno doméstico, orgullosa de su ignorancia y su precario papel en la vida, reducida a parir hijos, tenerlos junto a sí en la edad de la crianza, verlos alejarse irremediablemente en la edad adulta, administrar el siempre corto peculio, cuidar al marido y, en algunas ocasiones, lucir junto a él. Lo específico de esta clase de mujeres consiste en el indefinido alargamiento de la infancia en su espíritu. Vive, por así decirlo, en estado de inocencia espiritual. Animal impuro, le es negado además el uso de la razón: resulta un niño ajeno a la gracia. Consecuentemente, habita el Limbo.

Recordaba al principio de estas líneas la carga teológica del alma española. Esta realidad, cierta en el pasado para el conjunto de nuestros compatriotas, ha dejado de vivir en las clases populares. Maltrecha y deformada, se refugia hoy en la pequeña burguesía. Y a la hora de enfrentarnos con este confinamiento en el Limbo sufrido por las mujeres de esa clase, no es posible apartar de un acto tan cotidiano y piadoso la Teología, o, si se quiere, una concepción religiosa de la vida.

Ocurre, desde luego, que estamos ante un formidable contrasentido. Resulta que esa clase social presume de vivir presidida por una doctrina que proclama liberadora; tiene a gala entronizar junto a la divinidad masculina la imagen femenina de una madre; se complace con ese culto y otorga a la mujer un papel preponderante en la cuestión capital de la salvación y de la vida eterna; pero viene luego, en la práctica, a situar a sus mujeres en los confines del mal, alejadas de toda tarea humana de alguna entidad.



Miguel Delibes

Parece obligado pensar que el radical cambio de sentido de esa noción de origen religioso proviene de la contradicción entre doctrina y realidad. No pueden hacerse compatibles las cosas descritas líneas arriba sin falsear uno de los términos; y es más fácil, parece pecado menor, interpretar el Limbo como un lugar placentero que desvirtuar otras cuestiones sacras más sustanciales. La conducta real de la burguesía con la mujer obliga al trastrueque. Cuando no se está dispuesto a enmendar los propios yerros y ajustarlos a la doctrina, hay que enmendar la doctrina. Si se niega a la mujer el acceso al conocimiento y la madurez, si se la obliga a habitar en un ámbito impuro cuando la doctrina proclama tal cosa como recusable, lo necesario parece vestir con nuevo ropaje esa noción, alterar su sentido y cuadrar el sistema luego. El contrasentido, por descontado, continuará existiendo, pero la trampa hecha quedará a cubierto. Cabe preguntarse, no obstante, por cuál sea el motor real que alimenta la dinámica de esas gentes. Y cabe, por supuesto, afirmar que el error doctrinal es mucho más grave de lo que puedan dejar entrever unos matices lingüísticos. Pero el catolicismo español, adobado al gusto de la burguesía, muestra dobleces similares e hipocresías análogas en todos sus flancos. La dureza, la esclerosis y el constantinismo de la burguesía católica española —que es decir la burguesía española— asoma en cada perfil que se examine y no podía ocultarse tampoco aquí. La amable y risueña acepción del Limbo en nuestros días encubre todo un sistema de *apartheid*, invento que, creo recordar, no está contenido en el Evangelio.

Acaso puede pensarse que hablo de una realidad remota. O al menos de una realidad próxima, pero ya rebasada. El sector dominante de la burguesía española en los últimos años, que desprecia y teme a la ciencia, ama la propaganda y a su través quiere presentarnos tales cosas como realidades prehistóricas. En las últimas décadas, el oído español fue estimulado numerosas veces al día con conceptos halagüeños; hablan todos ellos de la modernización de nuestra sociedad. A quienes financian y realizan tales descripciones, les importa poco que sus relatos casen con la realidad del mundo circundante; la operación apunta a otros objetivos y se trata, desde luego, de un camuflaje más. Pues, bien, es curioso que, escuchando a esas gentes, resulten las mujeres el sujeto principal de la modernización de nuestra sociedad. Se trata, claro es, de un proceso bellísimo al fin del cual hay una nueva fémina moderna, adulta y animada que no perdió en el alambique ninguna esencia

espiritual. Sin embargo, una mirada mínimamente atenta basta a descubrir la falacia. Ha habido solo la adopción de algunos modales nuevos aportados por el florecimiento tecnológico; lo sustancial queda inmóvil y petrificado. El verdadero rostro de nuestra sociedad —o al menos de la clase media española— apenas si está maquillado con cremas del día y la veracidad de este aserto es fácil de comprobar. Una breve ojeada a la provincia, justamente el bastión cualitativo y cuantitativo de la pequeña burguesía española tradicional, nos lo confirma.

A quienes duden de la existencia real del fenómeno a que aludo he de remitirles a la última novela de Miguel Delibes: *Cinco horas con Mario*. En ella, Delibes realiza una descripción sagaz y completa de ese mundo. Y su primer y más valioso aporte consiste en la descripción cabal del limbo femenino y burgués español. El procedimiento, sencillo, resulta, precisamente por tal, veraz en grado sumo. Delibes se ha limitado a recoger, tal cual, el lenguaje de nuestras mujeres provincianas y burguesas. Y es a través de sus propias palabras como las descubrimos habitantes de un apartado lugar, que coincide al milímetro con la acepción del Limbo corriente entre los hombres de su clase.

Cinco horas con Mario es una novela. Y supongo que no necesitaré insistir en demasía sobre el papel documental de la literatura cuando se trata de estimar los arquetipos, tensiones, clima moral o simples costumbres de una época. Toda obra literaria posee tal dimensión porque, en una primera instancia, sirve precisamente para eso. *Cinco horas con Mario* es una espléndida obra literaria y colma con holgura tal necesidad literaria. Antes de mostrarnos la intimidad dolorida de una mujer, antes todavía de conducir nuestra emoción y nuestras reflexiones a la busca de lo que sustenta esa particular encarnadura humana, recrea una realidad que nos acompaña a diario y en la que respira un considerable número de mujeres actuales, compatriotas nuestras.

Cinco horas con Mario es, además, una novela que conserva todas las virtudes del realismo literario español. Es decir, fue construida con materiales absolutamente identificables, pues aquel se articuló siempre en torno al lenguaje y a las variaciones psicológicas que la palabra cosecha en cada ser humano; y la novela de Delibes es ante todo una formidable recolección de palabras en una determinada parcela femenina. Es el largo soliloquio de una mujer de la clase media española, provinciana, hija de buena familia, madre a su vez de numerosa descendencia,

educada en los inmutables principios de la honradez, la obediencia, el saber doméstico, el sacrificio y la ignorancia crasa de todo lo demás. El acopio de lenguaje que Delibes lleva a cabo nos descubre con entero rigor las fronteras de ese territorio que habita la pequeña burguesía española, sus ocupaciones cotidianas, sus preferencias y aspiraciones, sus fiestas, su código de premios y castigos. Y el resultado es el que ya anticipé: impregnado de estupidez, ignorancia, incompreensión, disparate, ruindad, servilismo, ñoñez, injusticia y más ignorancia, ese lenguaje solo pueden modularlo los moradores de un remoto país; país por igual lejano del cielo y del infierno y cuya aduana se abre únicamente a animales dotados de palabra y próximos —solo próximos— al discernimiento. El Limbo existe y, anticipando conclusiones, no es aquel que la amable acepción popular quiere hacernos ver.

Todo un país

Vivir en el Limbo no nos parece mal a los españoles, decía al iniciar este trabajo. Apuntaba, al escribirlo, a ese breve análisis de una acepción que se presenta en pugna con su prístino valor. Pero, escrita ya, se cae en la cuenta de cómo, en el presente, se manifiesta cargada de un contenido mayor que rebasa el sector específico de la mujer de clase media. El cultivo del desinterés por la cosa pública, la deformación de la realidad, la cirugía practicada en conceptos, hechos y figuras de la historia y del mundo circundante han situado a la inmensa mayoría de los españoles en el territorio de marras. Ignorante y estúpido por causa de un tratamiento pauloviano, el español mora en una tierra ilusoria definida cotidianamente como el mejor de los mundos y en donde los derechos adultos de inquirir, rechazar o proponer llevan aparejada, en mayor o menor grado, la muerte civil. El fruto es una conciencia jibara —reducida y monstruosa— y el español se manifiesta en cosas sustanciales como un niño. El Limbo femenino español se sitúa en otro Limbo colectivo más extenso que abarca una inmensa parte de sus conciudadanos. Y vale la pena preguntarse tantas veces como sea necesario, si ese es un feliz estado. Es decir, si el Limbo es el mejor de los mundos.

En algunas críticas a *Cinco horas con Mario*, se ha establecido la relación entre esta novela de Delibes y *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio. Resulta una tentación insalvable.

Pero una somera reflexión sobre esa analogía formal casi automática conduce a trasladar las identidades de las formas que la suscitan —acopio del léxico usual— a los contenidos que tales formas expresan.

¿Por qué es posible esa coincidencia? Ambas obras son, en principio, un espléndido experimento lingüístico de recogida de las palabras vulgares. Pero en toda la literatura —y mucho más en la realista— el lenguaje conduce inexorablemente al mundo que sirvió de modelo para la recreación. La fuerza de las palabras se sustenta en su poder alusivo, en su virtud significante. Y el alud de palabras vacías que los seres de Ferlosio y Delibes exhiben a lo largo de ambos libros conduce inexorablemente al lector a un mundo espiritual idénticamente huero de grandes contenidos espirituales o morales; plagado por tanto de las mínimas ansias y apetencias cotidianas de los grupos que de ellas se sirven.

Tanto Ferlosio como Delibes describen, mediante la recreación del lenguaje usual, unos seres cuya principal característica es justamente la ausencia de reflexión, la carencia de respuestas auténticas a la realidad, la falta de aspiraciones derivadas de su verdadera condición; aspectos todos ellos que cristalizan en una conducta automática y degradada a la cual me atrevería a definir como una especial inocencia de animal que habla. En *El Jarama*, Ferlosio mostraba clichés verbales de un grupo de obreros y modestos empleados, todos ellos jóvenes y habitantes de una gran ciudad, Madrid. Delibes ahora proporciona un documento análogo de otro grupo social: las mujeres burguesas, vecinas a la madurez, y moradoras de la provincia. Lo sorprendente de esta similitud no está tanto en el acervo de palabras comunes y giros coincidentes, sino en lo que esa conducta lingüística delata, en lo que las propias palabras revelan. Lo sorprendente de esa similitud se sustenta, pues, en la propia similitud, que niega básicas diferencias a dos grupos sociales tan alejados. Existe una rápida y fácil explicación, pero no resulta satisfactoria: es la del igualitarismo contemporáneo. Dando por supuesto ese igualitarismo de lenguaje y modales en el conjunto de la sociedad española —cosa que la propia vida española nos niega cada día— las diferencias entre el lenguaje de grupos tan diversos entre sí por educación, ambiente, disponibilidades y aspiraciones quizá no aparecieran en los clichés coloquiales, o en el léxico, pero sí habrían de manifestarse en las expresiones que formulan principios morales e ideológicos. Sin embargo, ambos libros vienen a mostrarnos

cómo esa diferencia existe —y es enorme— pero cómo no supone ninguna distinción sustancial. La expresión de grandes principios religiosos, morales y políticos es constante en la novela de Delibes. Hay además una evidente tendencia a la beatería por parte de esa casada provinciana de clase media. Tales declaraciones faltan en *El Jarama*. Pero aquella verborrea y este silencio significan lo mismo. El conjunto se parece como una gota de agua a otra de agua, pues resulta que ambos grupos se rigen por el mismo principio vital-eje al que ya aludí: la ausencia de reflexión y la aceptación de un destino precario, materializado en la satisfacción de pequeños apetitos.

En unos —en los obreros y empleados de Ferlosio— esa ausencia de madurez espiritual se traduce en radicales silencios sobre las cuestiones capitales de la condición obrera y de la condición humana; en los otros —esta viuda de clase media que vela el cadáver de su marido, en sus amigos y conocidos—, por una faramalla de palabras nobles y sin sentido personal. Si ello es así, parece obligado trasladar la responsabilidad del plano literario al plano real y buscar en él, en las peculiaridades y fenómenos de la vida española de la posguerra, las causas de este achatamiento, de esta reducción vital de grandes sectores sociales a niveles casi extrahumanos, y, desde luego, extracivilizados.

El curso seguido por la vida española en los últimos treinta años se descubre en ambas novelas. Y acaso sea este el mérito mayor de ambas y, por descontado, su seguro de supervivencia. Es absolutamente admisible pensar que, dentro de algunos años, *El Jarama* y *Cinco horas con Mario* cumplan como dos testimonio insobornables de este clima en que se desarrolló, floreció y murió la vida de las gentes españolas sometidas al silencio y al descanso total tras el esfuerzo violento de la guerra civil. Es un buen testigo, la palabra. Y en ambas obras, las palabras cotidianas nos enseñan la vida extirpada de todo intento noble y toda dinámica; la obra del hombre ha desaparecido en ellas y solo queda la huella de un interés por disfrutar objetos. Los impulsos civilizados, la entrega a una vocación humana, están igualmente ausentes en una y otra novela. Las dos nos descubren un paraje habitado por seres que balbucean, ajenos a toda responsabilidad y en quienes la humanidad se adivina, no por las frases redondas o lacias de que se sirven, sino por la monótona apetencia de goces materiales solo permitidos a la especie humana; solo en breves e inesperados destellos, por una queja profunda y sorda que señala algo más que el dolor de la carne.

(Por supuesto, no se me escapa que parte de lo descrito o aludido —hedonismo, afán de consumo, despersonalización, automatismo recional y afectivo, autosatisfacción por el disfrute colectivo de símbolos, objetos o *slogans*, etc.— forman parte de una época, la nuestra; no es vegetación exclusiva de España. Quizá el logro más cuajado de ambos libros consista en permitirnos descubrir lo genuino español en el contexto general de la civilización de masas. En mi entender, resulta lícito por ello calificar de extracivilizado el limbo nacional, aunque suene a paradoja tras insertarlo en el gran Limbo de las masas desarrolladas de nuestra época. Pero tal es lo genuino: la pervivencia tenaz de un vino viejo y miserable en los nuevos odres.)

Las palabras usuales

Me resulta imprescindible a estas alturas ofrecer unos breves extractos del libro de Delibes. El procedimiento empleado por el novelista —un largo monólogo reiterativo, respuesta mecánica de esa mujer a las frases subrayadas por su marido en la Biblia familiar a lo largo de los días— permiten eludir cualquier sistematización. Espigando al azar en unas cuantas páginas, el resultado de tan torpe siega es absolutamente representativo. Pero, además, el procedimiento, por gracia del propio automatismo, sirve para otorgar a esa antología un superior valor al del puro ejemplo novelesco.

Esa antología de necedad y ruindad, de pequeños egoísmos casi animales y de estupidez suma proporciona no solo la silueta del personaje, tal y como Delibes lo monta, sino lo que para mí resulta más importante, el clima general de una clase en una época. Porque el friso reproducido aquí al azar de las ojeadas, no es tanto el muestrario de léxico de un personaje literario como la apropiación de las palabras comunes de cualquier mujer medianamente acomodada de nuestras provincias. (Una advertencia obvia: ni el Delibes, ni el Ferlosio antes, hay una recogida mecánica de léxico; no se trata en ninguno de los casos de un documento en cinta magnetofónica, sino de algo más profundo y significativo que proviene de la recreación del lenguaje cotidiano. Para serlo, la literatura precisó siempre representar la realidad, no transcribirla.)

Bien. En *Cinco horas con Mario*, estas son las palabras de una española de nuestro tiempo.

«Que uno no se puede poner el mundo por montera, cada

cual ha de vivir en la sociedad como le corresponde. La categoría obliga, tonto de capirote, y un catedrático no digo que sea un ingeniero, pero es alguien, creo yo...» (pág. 54). «Es lo mismo que con Bertrán, ¿tú crees que está ni medio bien que un catedrático se deje ver en público con un bedel? Pues naturalmente que no, botarate, que no parece sino que fuese una rara, lo mismo que lo de ponerlos de palique, pues no señor, a lo sumo 'buenos días' o 'buenas tardes', no por nada, sencillamente porque son dos mundos distintos» (pág. 54). «Mira Mario, veintidós años y todo el día de Dios leyendo o pensando, y leer y pensar es malo, cariño, convéncete, y sus amigos ídem de lienzo, que me dan miedo la verdad. No nos engañemos, Mario, pero la mayor parte de los chicos son hoy medio rojos, que yo no sé que les pasa, tienen la cabeza loca, llena de ideas estrambóticas sobre la libertad y el diálogo y esas cosas de que hablan ellos. ¡Dios mío, hace unos años, acuérdate! Ahora no le hables a un muchacho de la guerra, Mario, y ya sé que la guerra es horrible, cariño, pero al fin y al cabo es oficio de valientes, que de los españoles dirán que hemos sido guerreros, pero no nos ha ido tan mal, me parece a mí, que no hay país en el mundo que nos llegue a los talones, ya le oyes a papá, 'máquinas no; pero valores espirituales y decencia para exportar'. Y tocante a valores religiosos, tres cuartos de lo mismo, Mario, que no conocen la vergüenza ni por el forro. Aquí, gracias a Dios, de eso, fuera de cuatro pelanduscas, nada, tú lo sabes, mírame a mí, es que ni se me pasa por la imaginación» (pág. 60). «Bueno, pues tú, dale conque era anormal que un niño tan chico pensase esas cosas, ya ves, como lo de llamar sotás a los soldados o marcharse al campo solo a hacer una hoguera, ¿qué de particular tiene? 'Hay que llevarle al médico', qué ocurrencia, imagínate que a cada niño que le dé la idea de hacer una hoguera hubiese que llevarle al médico, lo mismo que lo de Menchu con los estudios, a la niña no le tiran los libros y yo la alabo el gusto, porque en definitiva, ¿para qué va a estudiar una mujer, Mario, si puede saberse? ¿Qué saca en limpio con ello, dime? Hacerse un marimacho, ni más ni menos, que una chica universitaria es una chica sin femineidad, no le des más vueltas, que para mí una chica que estudia es una chica sin sexo, no es lo suyo, vaya, convéncete. ¿Estudié yo, además? Pues mira tú no me hiciste ascos, que a la hora de la verdad, con todo vuestro golpe de intelectuales, lo que buscáis es una mujer de su casa, eso, y no me digas que no, menudos ojos de carnero degollado me ponías, hijo, que dabas lástima y, en el fondo, si me conoces en la Uni-

versidad hubieras hecho fu como el gato, a ver, que a los hombres se os ve venir de lejos y si hay algo que lastime vuestro amor propio es tropezar con una chica que os dé ciento y raya en eso de los libros...» (págs. 75-76). «Y tocante a valores religiosos, no digamos, Mario, cariño, lo que pasa es que ahora os ha dado la monomanía de la cultura y andáis revolviendo cielo y tierra para que los pobres estudien, otra equivocación, que a los pobres les sacas de su centro y no te sirven ni para finos ni para bastos, les echáis a perder, convéncete, en seguida quieren ser señores y eso no puede ser, cada uno debe arreglárselas dentro de su clase como se hizo siempre...» (pág. 78). «Y ten por seguro que don Nicolás cada vez que comulga lo hace en pecado mortal, porque don Nicolás es una mala persona y si te entró por el ojo derecho es sencillamente porque te defendió cuando lo del guardia, la noche aquella, que aunque te pegase, ya ves tú, que yo no me lo creo, la ley es la ley y si está prohibido atravesar el parque en bicicleta, pues ya se sabe, que lo mires por donde lo mires, el guardia cumplía con su deber y si te hubiera matado, pues en acto de servicio, fíjate, pues qué quieres que te diga, porque sí, porque así son las cosas, porque las han establecido de esa manera, y no será grave si quieres, pero has infringido la ley, y el otro, con el uniforme, pues, a ver, tiene que defenderla, para eso le pagan, que vosotros creéis que una vez que se deja de ser niño se tiene derecho a todo, y ¡qué va!, estáis pero que muy equivocados, de mayor hay que seguir obedeciendo como de pequeño, claro que no al padre o a la madre, pero a la autoridad sí, la autoridad hace las veces, ¡arreglados estaríamos si no!...» (pág. 80). «Una cosa, Mario, aquí, para *inter nos*, que no me he atrevido a decirte antes, escucha; yo no daré un paso por informarme si es cierto lo que dice Higinio Oyarzun de que te reunías los jueves con un grupo de protestantes para rezar juntos, pero si sin ir a buscarlo alguien me lo demostrase, aun sintiéndolo mucho, hazte a la idea de que no nos hemos conocido, de que nuestros hijos no volverán a oirme una palabra de ti, antes prefiero, fíjate bien, que piensen que son hijos naturales, que con gusto tragaré ese cáliz, que decirles que su padre era un renegado. Sí, Mario, sí, estoy llorando, pero bueno está lo bueno, que yo paso por todo, ya lo sabes, que a comprensiva y a generosa pocas me ganarán, pero antes la muerte, fíjate bien, la muerte, que rozarme con un judío o un protestante. Pero ¿es que vamos a olvidarnos, cariño, de que los judíos crucificaron a Nuestro Señor? ¿Adónde vamos a parar por este camino, si me lo puedes decir? Y, por



favor, no me vengas con historias de que a Cristo le crucificamos todos, todos los días, cuentos chinos, que si Cristo levantara la cabeza, da por seguro de que no vendría a rezar con los protestantes, ni a decir que los pobres vayan a la Universidad, ni a comprar 'Carlitos' a todos los vagos de Madrid, ni a ceder la vez en las tiendas, ni, eso fijo, a tirar lechazos a Hernando de Miguel por el hueco de la escalera. Tenéis un concepto muy pobre de Cristo, a lo que veo, querido...» (pág. 90).

Tales son las palabras, y tal la mujer que las usa. Lo hace fluidamente, sin rectificar, del mismo modo que se suda o se segrega saliva. Acaso pueda parecer que recogí lo más extremado de esa simplísima operación mental. Pero cada uno de los conceptos aquí exhibidos se oculta y reaparece en un suave flujo y reflujo. Hay otros, idénticos, destinados a descubrir o valorar nuevos pequeños episodios personales que apenas se distinguen entre sí.

Toque a la jerarquía social, las relaciones entre las clases, el papel de la cultura en la vida de los hombres, las ideologías políticas, la guerra, el patriotismo, los valores espirituales, la educación de los hijos, la condición femenina, la justicia, la castidad, la autoridad, la ley, el orden establecido, la reconciliación de los cristianos o la propia figura de Cristo, el pensamiento de esta mujer, aunque se exprese mediante formas racionales, es visceral. Insisto en que escogí al azar unas cuantas páginas de la novela, pero si hubiese hecho la cala en cualquier otra parte, los resultados habrían sido idénticos. La concepción del mundo de esta mujer se encuentra presidida siempre por las luces planas del bien y el mal (lo que equivale a una atrofia de la visión, a no distinguirlos). De tal forma, quienes quedan a un lado son sospechosos de cualquier delito y los que se sitúan en la plena luz poseen todas las virtudes. No hay en ella un adarme de inteligencia de la realidad, ni un atisbo de comprensión y duda; solo un manantial inagotable de apriorismos y algunas pocas formulaciones de deseos materiales —tener un coche, o que los hijos no le den disgustos, o cansarse menos y llegar a fin de mes con tranquilidad. El tono agresivo del soliloquio es engañoso y proviene más de la propia mecánica de la fluencia que de una actitud consciente. Esta mujer ha sentido ajeno el mundo de su marido —representado por las frases que este subrayó en la Biblia familiar. Conoce la existencia de ese mundo y de otros igualmente exteriores y contrapuestos, pero no comprende. No intenta explicarse nada; como mucho, constatarlo, señalar esa distancia y afirmarse en su dolor de

mujer-objeto, desamparada, pues en su propia concepción de la vida (más exactamente, en la realidad que vive) el estado de viudedad es un estado calamitoso.

No creo que nadie se atreva a definir las palabras y frases elegidas como parte de un pensamiento coherente, personal o mimético, pero gestado en la conciencia. Son, como mucho, clichés asimilados por procedimientos de presión, absorbidos desde la infancia merced a un sistema educativo, al que hay que calificar por sus frutos de inhumano. Tal sistema quiere a la mujer apartada de los verdaderos negocios del mundo, inmune a la necesidad de progreso y liberación, útil de un inmóvil estado de cosas. En ninguna de tales pretensiones, la mujer aparece dotada de atributos excelsos, salvo el de la maternidad, que la llega por lo demás de idéntica manera mecánica e incomprensible. Así ubicada, esa mujer, al expresarse, se manifiesta como una excrecencia monstruosa, de fisiología y apariencia humana, pero virtualmente incapacitada para participar de modo activo en cualquier transformación del mundo. En fin de cuentas, se la sitúa así y se la imbuyen tales aforismos —ni siquiera principios— porque los hombres de su clase —sus padres, sus maridos— suponen que no debe desearse ningún cambio, ya que este provocaría una catástrofe universal (el egoísmo buscó siempre trajes altruistas).

De no ser Mario, su marido, un pequeño intelectual provinciano, de no haber cometido tal error matrimonial esta mujer, su soliloquio de viuda contendría idénticas palabras, solo habría cambiado el tono. Esta amargura, nacida de la sospecha de haber cohabitado con el enemigo, habría sido sustituida por una segura línea triunfal o sencillamente afirmativa, según la tensión somática del momento. El dolor, en el personaje de Delibes, surge del miedo animal a la calamidad (la viudez). Y solo en escasos momentos resulta negada esta regla. Es curioso advertir cómo la Carmen de la novela de Delibes queda muy lejos de otras infinitas heroínas de la literatura española —sean o no burguesas—. Nada tiene que ver con Fortunata, Jacinta, la Ana de Clarín, la Tula unamuniana o las Lucindas de Lope. Confundidas, vacilantes, empecinadas o dulces, aquellas participan de la vida, intentan moldearla, acusan sus mordiscos y responden a ellos. Esta carece de opciones. Su degeneración es tal que solo repite como un loro. En definitiva, tal es valor de su lenguaje.

La inocencia del Limbo

Mientras leía *Cinco horas con Mario*, me interrogaba por un punto de extrema importancia en todo este asunto: la inocencia de esa mujer, lo que es decir de una cierta clase de mujeres españolas. Me obligaba a ello no solo la figura central, sino la breve galería de vidas femeninas que desfilan por su memoria y que, con pequeños matices, participan en su casi totalidad de idéntica condición a la ya descrita. Podrá parecerle a alguien tal cosa una cuestión académica, pero resulta que una ligera ojeada a la vida española nos señala lo contrario.

El inmovilismo, la injusticia, el sopor de la vida española presente tiene su origen en la ideología expresada por esta clase de mujeres. No son ellas desde luego responsables y sabemos que han sido otros los instrumentos activos usados para configurarla así. A tal sopor se ha llegado tras la violencia y la coacción, expresas y tácitas, enraizadas a su vez en la íntima coacción personal que surge de nuestra guerra. Pero es el caso que si las mujeres de la clase media española no son responsables de esta configuración vital, sí son en cambio un reducto seguro de la misma. Y cada vez que una nueva tensión apareció en los últimos años, a cada nuevo factor dinámico susceptible de alterar la miserable siesta nacional, esas mujeres han obrado como piezas maestras del sistema defensivo. Se ha apelado precisamente a ellas en primer lugar y puede decirse que responden fielmente y de manera refleja a tales instancias. Cabe describir su conducta como la de los *robots*. Y es aquí donde nace la cuestión apuntada.

Aunque lo último sea cierto en gran medida, existen unos límites que distinguen a la persona humana de las máquinas. Leyendo *Cinco horas con Mario*, desgranando una a una esa inconcebible confesión de vaciedades sin sentido, se asiste a la descripción de la conducta general de un grupo humano al que le han sido amputados sus atributos. Pero ocurre que el ser humano se caracteriza por una conciencia alerta, un último destello de comprensión y raciocinio que no le abandona, una irremediable asunción de la realidad que le conduce a la duda y de ahí a la acción. En tales condiciones, resulta muy cuesta arriba absolver las conductas de los hombres aplicándoles al módulo de las máquinas o de las especies animales.

En este sentido, el caso de Carmen, la protagonista de *Cinco horas con Mario*, es ejemplar. De manera sistemática,

8

Carmen se niega a aceptar el mundo de su marido. Ese hombre es un intento tímido, risible, confuso y heroico de organizar la vida de manera más humana y justa, tanto la existencia íntima como la colectiva. A través de este personaje literario se contempla el mismo proceso que en la realidad de nuestro país han conducido a esa clase de mujeres a una actitud beligerante frente a ese tipo de hombres; los móviles que las llevan a herir a su contorno, sin importarles que sea próximo, íntimo o amigo. A través de las memorias del personaje, se asiste a todo un sistema de órdenes, consejos, compulsiones a las que esa mujer obedece ciegamente y que proviene de amigos, compañeros, iguales, familiares. En este caso, la víctima es siempre Mario, el marido; y su propia esposa no se pregunta en ningún instante por su papel de verdugo del ser que quiere; ni en una sola ocasión se interroga sobre la necesidad de rebelarse contra tales sugerencias; no hay un asomo de comprensión para el dolor del hombre con quien comparte la existencia; para su heroicidad o sus tareas, sus mínimas rebeldías, sus ansias o sus reproches, su afán por unas formas más llevaderas y amorosas, por un civilizado trato de los hombres entre sí. Lo que es más grave, esta mujer, que asiste cotidianamente al dolor y amargura del esposo, no se interroga jamás por qué ella es también causa de ese dolor. Solo al final, asistimos a su llanto y a una súplica expresa de perdón, mas no surgida de reconocer su papel destructor, sino del remordimiento, del sufrimiento ante una culpa propia, por la cual ella resulta tan víctima como él, o tal vez más; y así, ese llanto y la clemencia solicitada se dirigen más a sí misma, a su oscuro y elemental sentimiento de la propia herida, que al marido, ya muerto, ignorante del hecho para siempre. La Carmen de *Cinco horas con Mario*, como los robots, no pone en causa su conducta, la asume y la da por la mejor sin que advierta como posible otra cosa distinta. La ausencia de conocimiento aleja de estas mujeres toda condena. Sucias las manos, pero con los ojos vendados, son incapaces de distinguir por sí mismas la propia suciedad, no se les puede ocurrir buscar las causas; al contrario, convencidas de su immaculado porte, no es posible estimar en ellas otra cosa que la irresponsabilidad del animal vandálico.

Hay una frase de León Trostky en su *Autobiografía* que recordé al terminar la lectura del libro, tras sorprender la definitiva ausencia de autorreflexión y autoenjuiciamiento en esa mujer. «El mal —dice el revolucionario ruso— consiste en no dar un sentido a la vida.» Es esto lo que le sucede a la mujer

retratada por Delibes; y lo que explica también el uso que de ella hacen sus «pares». Esa mujer vive en el mal porque le faltó siempre conciencia para elegir, su destino le es impuesto y nada posibilita su liberación por ella misma. Pero vive en el mal, no en un apartado y ameno rincón de rosada luz infantil. Vive en el mal y se la utiliza para hacer el mal. Por ello es necesario esa peculiar inocencia animal. Solo tras el aprendizaje de un reglamento de horas que contiene ideas falaces sobre la vida y la muerte, el placer y el sufrimiento, puede esa mujer hacer el mal a su alrededor sin sufrir las consecuencias de su acción, pues lo hará del mismo modo que el camaleón muda el color de su piel, no por una decisión libre y esforzada, sino por la simple presión cromática del ambiente. La impureza y la culpabilidad de esas mujeres son reales, y poseen dimensiones mensurables, mas ellas son ajenas porque su razón fue conservada virgen. El mal alienta en ellas porque, siendo seres humanos, se niegan a vivir humanamente. De ello se deriva su papel instrumental. No es posible juzgarlas y condenarlas. Mas sí reconocer que nos encontramos ante un mal objetivo, no ante una realidad rosada, infantil. Esa es la apariencia y también los modales. Pero ambos esconden una realidad distinta. En otras palabras, en el Limbo sigue habitando el mal. Que el burgués español no se engañe con manipulaciones risueñas.

A la novela de Miguel Delibes le espera, a mi entender, larga vida. Su sencillez, y hasta su simplicidad, son también su fortaleza.

Como decía, será, con *El Jarama* y poco más, obligada referencia para quienes dentro de unos años busquen conocer el estado espiritual de la sociedad española de nuestra posguerra civil. Encontrarán en ella la descripción exacta del vivir de las mujeres de clase media, y también su servidumbre y las consecuencias de todo ello en el resto de la sociedad. A través de esas trescientas páginas plagadas de tópicos, ruindad y vacío le será permitido a un lector futuro atisbar la atmósfera que ha presidido y todavía preside la vida en nuestro país. Pero yo le desearía un destino todavía mejor a *Cinco horas con Mario*. Que gracias a su poder de convicción, a su fuerza recreadora, sus páginas sirvan para abrir ahora los ojos a algunas mujeres y hombres de nuestra España presente. Desear tal cosa para las coetáneas de Carmen, su personaje, es seguramente una quimera. Pero la inhumana degradación de la mujer no acabó en ellas, el Limbo sigue abierto y no es bueno que cada día nuevos seres humanos crucen su umbral.

EL LENGUAJE DEL LIMBO

("Cinco horas con Mario", de Miguel Delibes)

Por Isaac Montero

ANIMALES DOMESTICOS SIN DERECHO A LA RAZON.

Vivir en el limbo no nos parece mal a los españoles. En lenguaje moliente, vivir en el limbo y vivir en Babia viene a ser lo mismo. Babia es tanto el reino de la distracción y las musarañas, del despiste y el alejamiento de la realidad inmediata, como un mundo colorido y acaso interesante, poblado por maniáticos razonables y pintorescos, sustancialmente inofensivos. Las diferencias entre este territorio y el lugar a donde, según los teólogos, van las almas de los niños muertos antes del uso de razón sin haber recibido el agua bautismal, resultan imperceptibles en el lenguaje común. En la práctica cotidiana, el español hace indistintamente habitantes del Limbo y de Babia a los seres cuyo principal distintivo es la inocencia, entendiéndola como un desisterés, más o menos voluntario, por las impurezas fundamentales de la vida terrena. El alma española, cuando envía a su vecino a esas moradas, lo hace con una evidente propensión a la piedad. Más que castigar, aparte a los puros. No condena al exilio, acomoda. Al menos, tal es lo que se desprende de nuestros modos de hablar. Lo que supone, sea cual fuere ese matiz risueño que decidimos conferir al Limbo, enmendarle la plana a la Teología.

No creo ~~and~~ disparate hablar de manipulaciones con la Teología. Se considera al alma española imbuida de teología. Y en el supuesto de que esta constante sea hoy cierta sólo en mínima parte, si es real, desde luego, el aprendizaje de una noción teo-

En el libro no se trata de los españoles, en la
segunda parte se trata de los españoles de la
segunda parte de la historia de España.

"Cinco horas con María", de Miguel Delibes

El libro trata de la vida de un hombre en un
pueblo pequeño, en un momento de crisis.
El autor, Miguel Delibes, es uno de los
mejores escritores españoles de la época.
El libro es una novela que trata de la vida
de un hombre en un pueblo pequeño, en un
momento de crisis.

Vivir en el libro no se trata de los españoles, en la
segunda parte se trata de los españoles de la
segunda parte de la historia de España.
El libro trata de la vida de un hombre en un
pueblo pequeño, en un momento de crisis.
El autor, Miguel Delibes, es uno de los
mejores escritores españoles de la época.
El libro es una novela que trata de la vida
de un hombre en un pueblo pequeño, en un
momento de crisis.
El libro trata de la vida de un hombre en un
pueblo pequeño, en un momento de crisis.
El autor, Miguel Delibes, es uno de los
mejores escritores españoles de la época.
El libro es una novela que trata de la vida
de un hombre en un pueblo pequeño, en un
momento de crisis.

El libro trata de la vida de un hombre en un
pueblo pequeño, en un momento de crisis.
El autor, Miguel Delibes, es uno de los
mejores escritores españoles de la época.
El libro es una novela que trata de la vida
de un hombre en un pueblo pequeño, en un
momento de crisis.

lógica -el Limbo- como realidad íntimamente ligada al Mal. La inmensa mayoría de los españoles de la clase cuanta ha sido educada en la fe católica por dos piadosos jesuitas que, en sus catecismos, sitúan ese enclave en los dominios reservados al mal en grado sumo: la privación de Dios. ¿Qué instancias nos llevaron a describirlo de este otro modo? Hospedamos en él, sí, a quienes representan la animal pureza inocente, incapaz de distinguir el bien del mal; pero, además, a los ayunos de conocimiento. Curioso asunto. ¿Por qué el español, puesto a teólogo, hace iguales cosas distintas como son ignorancia y falta de discernimiento?

La ciencia moderna, la psicología, ha retirado al niño numerosos certificados de inocencia; ha probado su ruindad, su voluntad de poder, su egoísmo ciego, su voluntario uso de la doblez, la hipocresía y la mentira, su crueldad. El español, interesado o no por la ciencia, admite esta esencial realidad de la infancia y continúa instalándola en el Limbo. No ha de esforzarse, para ello, en alterar sus convicciones; le basta con señalar cómo existe una anticipación teológica; y cómo la Teología, al igual que la ciencia después, quiere al ser irracional todavía y ajeno a la gracia un animalillo, una pequeña bestia dañina, aunque irresponsable. Es decir, situando en el Limbo a la infancia, el español se muestra coherente en gran medida con sus saberes teológicos y las aportaciones del conocimiento científico.

No parece, por tanto, la necesidad de alojar a la infancia el motivo de esa antiteológica acepción usual del Limbo. Desde luego, cuando el español hace del niño morador de tal paraje, ilumina a este último. Pero es que el lugar descrito por la acepción aquí comentada perdió su original dimensión de refugio para la inocencia impura, situado en los confines del mal, reservado a los incapaces de gloria a pesar suyo; territorio a mitad de camino del purgatorio y el infierno. El español, hoy, manda a su vecino al limbo con un deje amable y un paternal saludo, sin ninguna crueldad ni remordimiento. La razón de ese

2.

légitimo por lo tanto como verdad intrínsecamente ligada al mal. La
 ley moral mayor de los españoles de la clase social de esta
 educación en la educación por las pautas de estas leyes, un
 una categoría, si bien sea en parte en los dominios reservados
 al mal en grado sumo: la privación de Dios. Que instancias
 nos llevan a describirlo de este otro modo? Nos pedimos en él,
 si, a guisa representativa la animal pura inocente, incapaz
 de distinguir el bien del mal; pero, además, a los signos de
 conocimiento, Correo humano. Por qué el español, puesto a
 trabajo, hace iguales cosas distintas como son ignorancia y
 falta de discriminación?

La ciencia humana, la psicología, la retórica de niño humano-
 sus particularidades de la ciencia; no se trata de retórica, en tal
 los de poder, su sistema es, su sistema es de la ciencia.
 la dignidad y la ciencia, en retórica. El español, interse-
 de un mundo la ciencia, donde una generalización de la
 ciencia y conocimiento humano en el mundo. En la ciencia
 que, para ella, es la ciencia de la ciencia; la ciencia de
 saber cómo hacer las cosas que se hacen y cómo se las
 hace. El mal es la ciencia humana, donde el mal humano
 está hecho y tiene a la ciencia animal, una ciencia de
 las cosas, cuando irracional. La ciencia, cuando es el
 de la ciencia, el español de nuestra educación es un no-
 da con sus errores técnicos y sus aplicaciones del conoci-
 miento científico.

No puede, por tanto, la necesidad de estar a la infancia el
 motivo de una actitud científica respecto al mal. Desde
 luego, cuando el español hace del niño humano de tal parte,
 tiene a este fin. Pero es que el lugar de la ciencia
 respecto al mal comienza por el mal. Desde la ciencia de la
 parte la infancia humana, aunque se los confines del mal, re-
 servado a los españoles de él a pesar suyo; territorio a
 la ciencia del mundo y el infierno. El español por
 cuando se veía el mal con un ojo simple y un exterior
 simple, sin ninguna conciencia ni comprensión. La razón de eso

desenfado y del ameno paisaje que él mismo describe hay que buscarla en otro habitante del reino: las mujeres. En el sentir común de las gentes de nuestra tierra, son mujeres los principales y naturales ciudadanos del apartado lugar.

¿Todas las mujeres? No. Sólo un particular tipo de mujer, más semejante a un animal doméstico que a un ser humano. Precisamente aquélla en que tal encarnación es fruto no de la propia condición femenina, no sustancialmente de sus caracteres biológicos, sino de un ideal masculino y de una educación a él ligada; de unos esquemas de valores y creencias que se transmiten a esa mujer desde la infancia y que ella admite sin resistencia. No a todas las mujeres españolas conceden sus hombres carta de naturaleza en el Limbo. No le sucede tal cosa a la del obrero ni a la del trabajador campesino. Ambas condiciones van ligadas íntimamente a la pobreza y ésta hace florecer la desconfianza, una cierta maldad, y, siempre, un intuitivo conocimiento de la realidad del mundo, de sus leyes y delitos con la consiguiente acomodación a ese pecador estado. Otra cosa será que tales seres delincan o no, pero no son sustancialmente ignorantes y, por tanto, no son inocentes. La mujer pobladora del Limbo pertenece a la clase media, es una buena hija de familia, ignorante ante todo, imprudente y torpe en cualquier terreno que no sea el gobierno doméstico, orgullosa de su ignorancia y su precario papel en la vida, ^{reducida} que se reduce a parir hijos, tenerlos junto a sí en la edad de la crianza, verlos alejarse irremediablemente en la edad adulta, administrar el siempre cierto peculio, cuidar al marido y, en algunas ocasiones, lucir junto a él. Lo específico de esta clase de mujeres consiste en el indefinido alargamiento de la infancia en su espíritu. Vive, por así decirlo, en estado de inocencia espiritual. Animal impuro, le es negado además el uso de la razón: resulta un niño ajeno a la gracia. Consecuentemente, habita el Limbo.

Recordaba al principio de estas líneas la carga teológica del alma española. Esta realidad, cierta en el pasado para el con-

desarrollado y del mismo género que el mismo desarrollo hay que
pasarlo en otro habitante del reino: las mujeres. En el ser-
tir como de las cosas de nuestra tierra, son mejores las que
dignas y hermosas e incluso del estado lugar.

Las mujeres no son un particular tipo de mujer, sino
semejante a un animal doméstico que a un ser humano, presen-
tando a veces en sus relaciones es fruto de la propia
condición femenina, no necesariamente de sus caracteres.

Además, como en el ideal masculino y de sus relaciones a él se
pasa de una especie de valores y relaciones que se presen-
tan a los sujetos desde su infancia y que ella recibe sin más
fuerza. No es tanta la fuerza específica como en los hombres
en la de naturaleza en el mundo. No la misma tal cosa a él.

El estado de la vida en el mundo, como en los hombres
en el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es

El mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es

El mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es

El mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es

El mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es
el mundo, como en el mundo y así como el mundo es

junto de nuestros compatriotas, ha dejado de vivir en las clases populares. Maltrecha y deforme, se refugia hoy en la pequeña burguesía. Y a la hora de enfrentarnos con este confinamiento en el Limbo sufrido por las mujeres de esa clase, no es posible apartar de un acto tan cotidiano y piadoso la Teología, o, si se quiere, una concepción religiosa de la vida. Ocorre, desde luego, que estamos ante un formidable contrasentido. Resulta que esa clase social presume de vivir presidida por una doctrina que proclama liberadora; tiene a gala entronizar junto a la divinidad masculinizada la imagen femenina de una madre; se complace con ese culto y otorga a la mujer un papel preponderante en la cuestión capital de la salvación y de la vida eterna; pero viene luego, en la práctica, a situar a sus mujeres en los confines del mal, alejadas de toda tarea humana de alguna entidad. Parece obligado pensar que el radical cambio de sentido de esa noción de origen religioso proviene de la contradicción entre doctrina y realidad. No pueden hacerse compatibles las cosas descritas líneas arriba sin falsear uno de los términos; y es más fácil, parece pecado menor, interpretar el Limbo como un lugar plecentero que desvirtuar otras cuestiones sacras más sustanciales. La conducta real de la burguesía con la mujer obliga al trastueque. Cuando no se está dispuesto a enmendar los propios yerros y ajustarlos a la doctrina, hay que enmendar la doctrina. Si se niega a la mujer el acceso al conocimiento y la madurez, si se le obliga a habitar en un ámbito impuro cuando la doctrina proclama tal cosa como recusable, lo necesario parece vestir con nuevo ropaje esa noción, alterar su sentido y cuadrar el sistema luego. El contrasentido, por descontado, continuará existiendo, pero la trampa hecha quedará a cubierto. Cabe preguntarse, no obstante, por cuál sea el motor real que alimenta la dinámica de esas gentes. Y cabe, por supuesto, afirmar que el error doctrinal es mucho más grave de lo que puedan dejar entrever unos matices lingüísticos. Pero el catolicismo español, adobado al gusto de la burguesía, muestra dobleces similares e hipocresías análogas en

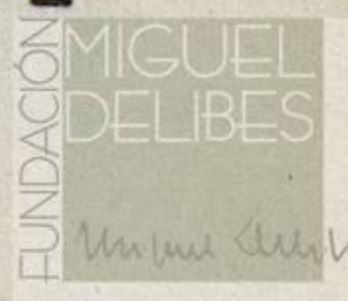


tanto de nuestros compatriotas, de dejados de vivir en las cla-
 ses populares. Maltratos y dolores, se refugia hoy en la religio-
 nista burguesa. Y a la hora de enfrentarse con este continente
 se es el mismo sentido por las mujeres de esa clase, no es po-
 sible aceptar de un solo golpe los cambios y cambios la Teología,
 o, si se quiere, una concepción religiosa de la vida. Contra
 todo lo que, que estamos ante un formidable contrasentido. Se
 trata que una clase social presuma de vivir prohibida por una
 doctrina que prohíbe libertades; tiene a esta doctrina un
 to a la divinidad masculinizada la imagen femenina de una ma-
 dre; se concibe con ese culto y otorga a la mujer un papel
 preponderante en la economía capital de la salvación y de la
 vida eterna, pero viene luego, en la práctica, a reducir a una
 mujer en los confines del mal, alejada de toda tarea huma-
 na de alguna entidad. Porque obligado pensar que el radical
 cambio de sentido de esa acción de origen religioso proviene
 de la contradicción entre doctrina y realidad. No podemos
 de compatibilizar las cosas doctrinarias sin perder
 una de las técnicas; y es más fácil, porque pocas veces, in-
 terpretar el libro como un lugar preponderante que desvirtuar otros
 cuestiones acerca más sustanciales. La conducta real de la bur-
 gués con la mujer obliga al trasiego. Cuando no se está
 dispuesto a abandonar las propias teorías y estructuras a la doc-
 trina, hay que abandonar la doctrina. Si se niega a la mujer el
 acceso al conocimiento y la cultura, si se le obliga a habitar
 en un ámbito ignoto cuando la doctrina precisa tal cosa como
 reversible, lo necesario parece vestir con nuevo ropaje esa na-
 da, alentar su sentido y cambiar el sistema luego. El con-
 trasentido, por descomulgado, continúa existiendo, pero la trans-
 pa ciencia quedará a cubierto. Cada preguntarse, no obstante, por
 cuál sea el motor real que alimenta la dinámica de esas cosas.
 Y cabe, por supuesto, afirmar que el error doctrinal es mucho
 más grave de lo que pueda parecer entre unos matices lingüís-
 ticos. Para el catolicismo español, además el gusto de la bur-
 gués, nuestra doctrina significa e hipotecarlas andaluz en

en todos sus flancos. La dureza, la esclerosis y el constanti-
 nismo de la burguesía católica española -que es decir la bur-
 guesía española- asoma en cada perfil que se examine y no po-
 día ocultarse tampoco aquí. La amable y risueña acepción del
 Limbo en nuestros días encubre todo un sistema de "apartheid",
 invento que, creo recordar, no está contenido en el Evangelio.

Acaso puede pensarse que hablo de una realidad remota. O al
 menos de una realidad próxima, pero ya rebasada. El sector do-
 minante de la burguesía española en los últimos años, que des-
 precia y tema a la ciencia, ama la propaganda y a su través
 quiere presentarnos tales cosas como realidades prehistóricas.
 En las últimas décadas, el oído español fue estimulado numero-
 sas veces al día con conceptos halagüeños; hablan todos ellos
 de la modernización de nuestra sociedad. A quienes financian
 y realizan tales descripciones, les importa poco que sus rela-
 tos casen con la realidad del mundo circundante; la operación
 apunta a otros objetivos y se trata, desde luego, de un camu-
 flaje más. Pues, bien, es curioso que, escuchando a esas gen-
 tes, resulten las mujeres el sujeto principal de la moderniza-
 ción de nuestra sociedad. Se trata, claro es, de un proceso
 bellísimo al fin del cual hay una nueva fémmina moderna, adul-
 ta y animada que no perdió en el alambique ninguna esencia es-
 piritual. Sin embargo, una mirada mínimamente atenta basta a
 descubrir la falacia. Ha habido sólo la adopción de algunos
 modales nuevos aportados por el florecimiento tecnológico; lo
 sustancial queda inmóvil y petrificado. El verdadero rostro de
 nuestra sociedad -o al menos de la clase media española- ape-
 nas si está maquillado con cremas del día y la veracidad de
 este aserto es fácil de comprobar. Una breve ojeada a la pro-
 vincia, ~~que~~ ~~es~~, justamente, el bastión cualitativo y cuantita-
 tivo de la pequeña burguesía española tradicional, nos lo con-
 firma.

A quienes duden de la existencia real del fenómeno a que alu-
 do he de remitirles a la última novela de Miguel Delibes: "Cin



en todas sus formas, las ciencias, la filosofía y el arte...
algunos de los problemas sociales españoles - que es decir la gran
realidad española - usará en cada período que se examine y no se
debe olvidar tampoco aquí, la acción y reacción social del
libro en nuestros días, en el sistema de "participación",
inverso que, como resultado, se está produciendo en el momento.

Así como puede pensarse que había de una realidad remota, o al
menos de una realidad próxima, pero ya rebasada. El sector de
mirante de la burguesía española en los últimos años, que des-

precia y toma a la ciencia, una la propaganda y a su través
diste presentando tales cosas como realidades y verdades.
En las últimas décadas, la élite española ha continuado necesi-
tando un tipo de cultura que se adaptara a sus intereses.
de la modernización de la cultura española. A grandes rasgos
y en líneas generales, la cultura española, en los últimos años, ha
sido un fenómeno de transformación del mundo hispánico. En un
sentido a veces opuesto y a veces, desde luego, de un
tránsito del tipo, pero, en cualquier caso, se está produciendo a
veces, también las formas de cultura principal de la sociedad
de la cultura española. De hecho, esta es, de un proceso
de transformación de la cultura que nos lleva a una cultura, que
está siendo que se está produciendo en un momento de crisis en
nuestro país. En consecuencia, una mirada mínimamente atenta hacia

descubrir la ciencia, ha habido algo de la ideología de algunos
modelos nuevos surgidos por el fortalecimiento tecnológico; lo
esencial queda intacto y controlado. El verdadero rostro de
nuestra sociedad - y el núcleo de la clase media española - que
nos es más familiar con otros del día y la variedad de
este sector es fácil de comprender. Una breve mirada a la gran
vida cultural, el espíritu, el espíritu cualitativo y creativo
de la cultura burguesa española tradicional, nos lo con-

lirma.
Aunque cada vez de la existencia real del fenómeno que se
de la literatura a la última novela de Miguel Delibes: "Cin-

co horas con Mario". En ella, Delibes realiza una descripción sagaz y completa de ese mundo. Y su primer y más valioso aporte consiste en la descripción cabal del limbo femenino y burgués español. El procedimiento, sencillo, es, precisamente por tal, veraz en grado sumo. Delibes se ha limitado a recoger, tal cual, el lenguaje de nuestras mujeres provincianas y burguesas. Y es a través de sus propias palabras como las descubrimos habitantes de un apartado lugar, que coincide al milímetro con la corriente acepción del Limbo entre los hombres de su clase.

"Cinco horas con Mario" es una novela. Y supongo que no necesitaré insistir en demasía sobre el papel documental de la literatura cuando se trata de estimar los arquetipos, tensiones, clima moral o simples costumbres de una época. Toda obra literaria posee tal dimensión, porque, en una primera instancia, sirve precisamente para eso. "Cinco horas con Mario" es una espléndida obra literaria y colma con holgura tal necesidad literaria. Antes de mostrarnos la intimidad dolorida de una mujer, antes todavía de conducir nuestra emoción y nuestras reflexiones a la busca de lo que sustenta ese particular encarnadura humana, recrea una realidad que nos acompaña a diario y en la que respira un considerable número de mujeres actuales, compatriotas nuestras.

"Cinco horas con Mario" es, además, una novela que conserva todas las virtudes del realismo literario español. Es decir, está construida con materiales absolutamente identificables, pues aquél se articuló siempre en torno al lenguaje y a las variaciones psicológicas que la palabra cosecha en cada ser humano; y la novela de Delibes es ante todo una formidable recolección de palabras en una determinada parcela femenina. Es el largo soliloquio de una mujer de la clase media española, provinciana, hija de buena familia, madre a su vez de numerosa descendencia, educada en los inmutables principios de la honradez, la obediencia, el saber doméstico, el sacrificio y



co hacia con el fin de ella, Delibes realiza una descripción
 sana y completa de ese mundo. Y su primer y más valioso aporte
 se consiste en la descripción cabal del mundo femenino y por
 ende español. El procedimiento, sencillo, es, precisamente por
 tal, véase en grado sumo. Delibes se ha limitado a recoger
 tal cual, el lenguaje de nuestras mujeres provincianas y por-
 quées. Y es a través de sus propias palabras como las desce-
 ndimos habitadas de un apartado lugar, que coincide al milí-
 metro con la corriente española del tiempo entre los hombres de
 su época.

"Cinco horas con María" es una novela. Y aunque que no neces-
 itado insistir en demasía sobre el papel documental de la li-
 teratura cuando se trata de estimar los aspectos, tensiones,
 clima moral e incluso costumbres de una época. Toda obra lite-
 raria posee tal dimensión, porque, en una primera instancia,
 sirve precisamente para eso. "Cinco horas con María" es una ex-
 posición sobre literatura y sobre el mundo tal y como él es.
 Delibes, antes de mostrarnos la realidad española de una es-
 teta, antes de mostrar nuestra realidad y nuestras re-
 laciones e la base de lo que sustenta ese particular conser-
 vador mundo, ofrece una realidad que nos acompaña a diario
 y en la que respira un considerable número de mujeres solistas,
 compañeras nuestras.

"Cinco horas con María" es, además, una novela que conserva
 todas las virtudes del realismo literario español. Es decir,
 está concebida con materiales absolutamente identificables,
 pues aquí se articula siempre en torno al lenguaje y a las
 variaciones psicológicas que la palabra posee en cada ser
 humano; y la novela de Delibes es ante todo una formidable re-
 colección de palabras en una determinada parcela femenina. Es
 el largo soliloquio de una mujer de la clase media española,
 provinciana, hija de buena familia, madre a su vez de número-
 sas descendencia, educada en los institutos principales de la
 hora, la obediencia, el saber doméstico, el sacrificio y

la ignorancia crasa de todo lo demás. El acopio de lenguaje - que Delibes lleva a cabo nos descubre con entero rigor las fronteras de ese territorio que habita la pequeña burguesía española, sus ocupaciones cotidianas, sus preferencias y aspiraciones, sus fiestas, su código de premios y castigos. Y el resultado es el que ya anticipo: impregnado de estupidez, ignorancia, incomprensión, disparate, ruindad, servilismo, ñoñez, injusticia y más ignorancia, ese lenguaje sólo pueden modularlo los moradores de un remoto país; país por igual lejano del cielo y del infierno y cuya aduana se abre únicamente a animales dotados de palabra y próximos -sólo próximos- al discernimiento. El Limbo existe y, anticipando conclusiones, no es aquel que la amable acepción popular quiere hacernos ver.

TUDO UN PAIS.

Vivir en el Limbo no nos parece mal a los españoles, decía al iniciar este trabajo. Apuntaba, al escribirla, a ese breve análisis de una acepción que se presenta en pugna con su prístino valor. Pero, escrita ya, se cae en la cuenta de cómo, en el presente, se encuentra cargada de un contenido mayor que rebasa el sector específico de la mujer de clase media. El cultivo del desinterés por la cosa pública, la deformación de la realidad, la cirugía practicada en conceptos, hechos y figuras de la historia y del mundo circundante han situado a la inmensa mayoría de los españoles en el territorio de marras. Ignorante y estúpido por causa de un tratamiento pauloviano, el español mora en una tierra ilusoria definida cotidianamente como el mejor de los mundos y en donde los derechos adultos de inquirir, rechazar o proponer llevan aparejada en mayor o menor grado, la muerte civil. El fruto es una conciencia jibara reducida y monstruosa y el español se manifiesta en cosas sustanciales como un niño. El Limbo femenino español se sitúa en otro Limbo colectivo más extenso que abarca una imensa parte de sus conciudadanos. Y vale la pena preguntarse, tantas veces como sea necesario, si

la ignorancia grave de todo lo demás. El acervo de lenguaje
 que Delibes lleva a cabo nos descubre con entera vigor las fran-
 -teras de ese territorio que habita la pequeña burguesía españa-
 la, sus preocupaciones cotidianas, sus preferencias y aspiracio-
 nes, sus fiestas, su código de premios y castigos. Y el resul-
 -tado es el que ya anticipa: impregnado de estupidéz, ignoran-
 -cia, incomprensión, disparate, rutina, servilismo, soberbia, in-
 -justicia y más ignorancia, ese lenguaje sólo puede modularse
 los resortes de un remoto país; para por igual lejano del día
 lo y del interior y cuya edificación se debe únicamente a animales
 -destruidos de palacio y prisiones - sólo próximos - al desmoronamien-
 to. El libro existe y, participando conclusiones, no es aquel
 que la crítica acepta popularmente haberse ver.

El libro es el libro de los españoles, libro al
 -indagar este trabajo. Aparente, al escribirlo, a ese breve and-
 -luz de una respuesta que se presenta en forma con un lenguaje
 -valer. Pero, escrita ya, no es la cuenta de cómo, en el pro-
 -ceso, se encuentran cargada de un contenido mayor que rebasa
 -el sector específico de la mujer de clase media. El cultivo del
 -destruido por la cosa pública, la determinación de la realidad,
 -la crítica púdica de los conceptos, hechos y figuras de la his-
 -toria y del mundo contemporáneo han sido a la inversa, mayor
 -de las capacidades de el territorio de guerra. Lamentable y está-
 -ble por causa de un tratamiento parolario, el español está
 -en sus tierras llenas de la realidad socialmente como el mejor de
 -los mundos y en donde los derechos básicos de la mujer, como
 -nar o proponer llevar a cabo en mayor o menor grado, la mujer
 -la mujer. El libro es una constante lucha por la realidad y monstra-
 -do y el español se manifiesta en cosas sencillas como un ni-
 -lo. El libro termina cuando se llega a otro libro colectivo
 -más extenso que abarca una larga parte de sus conclusiones.
 -Trata la parte preparatoria, tanto como sea necesario, el

ese es un feliz estado. Es decir, si el Limbo es el mejor de los mundos.

En algunas crísticas a "Cinco horas con Mario", se ha establecido la relación entre esta novela de Delibes y "El Jarama" de Rafael Sánchez Ferlosio. Resulta una tentación insalvable. Pero una somera reflexión sobre esa analogía formal casi automática conduce a trasladar las identidades de las formas que la suscitan -acopio del léxico usual- a los contenidos que tales formas expresan.

¿Por qué es posible esa coincidencia? Ambas obras son, en principio, un espléndido experimento lingüístico de recogida de las palabras vulgares. Pero en toda la literatura -y mucho más en la realidad- el lenguaje conduce inexorablemente al mundo que sirvió de modelo para la recreación. La fuerza de las palabras se sustenta en su poder alusivo, en su virtud signifi- cante. Y el alud de palabras vacías que los seres de Ferlosio y Delibes exhiben a lo largo de ambos libros conduce inexorablemente al lector a un mundo espiritual idénticamente huero de grandes contenidos espirituales o morales y plagado por tanto de las mínimas ansias y apetencias cotidianas de los grupos que de ellas se sirven.

Tanto Ferlosio como Delibes describen, mediante la recreación del lenguaje usual, unos seres cuya principal característica es justamente la ausencia de reflexión, la carencia de respuestas auténticas a la realidad, la falta de aspiraciones derivadas de su verdadera condición; aspectos todos ellos que cristalizan en una conducta automática y degradada a la cual me atrevería a definir como una especial inocencia de animal que habla. En "El Jarama", Ferlosio mostraba clichés verbales de un grupo de obreros y modestos empleados, todos ellos jóvenes y habitantes de una gran ciudad, Madrid. Delibes ahora proporciona un documento análogo de otro grupo social: las mujeres burguesas, vecinas a la madurez, y moradoras de la provincia. Lo sorprendente de esta similitud no está tanto en el acervo



que es un taliz estado. En decir, si el libro es el mejor de los mundos.

En algunas ocasiones a "Clase para con María", se ha establecido la relación entre esta novela de Delibes y "El Jardín" de Rafael Sánchez Ferlosio. Resulta una relación inasible. Lo que parece reflexión sobre esa analogía formal con el autor tiene conducto a trasladar las identidades de las formas que la suscitan -acopia del léxico usual- a los contenidos que tales formas expresan.

Por que es posible una equivalencia de esas formas, en principio, un equivalente argumentativo. Inicialmente de carácter de las palabras mismas. Pero es todo la literatura y nunca de las palabras en los mundos. En lenguaje cotidiano inasiblemente el mundo que vive de palabras es la realidad. De hecho de las palabras no existen en su poder mismo, en un nivel superior. Y el nivel de palabras reales que las palabras expresan. Los mundos expresan a la parte de mundo que son los mundos. El mundo de los mundos es un mundo real. Inasiblemente de mundo de mundos con palabras equivalentes a palabras y palabras que son de las mismas cosas y equivalentes cotidianas de los mundos que da lugar de ellas.

Tanto Ferlosio como Delibes describen, mediante la realidad del lenguaje usual, una serie de características del mundo. En el momento de escritura de reflexión, la carencia de lenguaje es equivalente a la realidad, la falta de equivalencia de las palabras de un mundo cotidiano; aspectos todos ellos que están en una estructura automática y dependiente a la cual se refieren a delimitar con una especial intención de animal que llama. En "El Jardín", Ferlosio muestra cómo palabras de un grupo de palabras y palabras equivalentes, todos ellos, por y palabras de un gran círculo, Delibes para proponer un documento analítico de este grupo social: las palabras burguesas, vecinas a la realidad y palabras de la provincia. Lo sorprendente de esta similitud no está tanto en el acierto

de palabras comunes y giros coincidentes, sino en lo que esa conducta lingüística delata, en lo que las propias palabras revelan. Lo sorprendente de esa similitud se sustenta pues en la propia similitud, que niega básicas diferencias a dos grupos sociales tan alejados. Existe una rápida y fácil explicación, pero no resulta satisfactoria: es la del igualitarismo contemporáneo. Dando por supuesto ese igualitarismo de lenguaje y modales en el conjunto de la sociedad española -cosa que la propia vida española nos niega cada día- las diferencias entre el lenguaje de grupos tan diversos entre sí por educación, ambiente, disponibilidades y aspiraciones quizá no apreciarían en los clichés coloquiales, o en el léxico, pero sí habrían de manifestarse en las expresiones que formulan principios morales e ideológicos. Sin embargo, ambos libros vienen a mostrarnos cómo esa diferencia existe -y es enorme- pero cómo no supone ninguna distinción sustancial. La expresión de grandes principios religiosos, morales y políticos es constante en la novela de Delibes. Hay además una evidente tendencia a la beatería por parte de esa casada provinciana de clase media. Tales declaraciones faltan en "El Jarama". Pero aquella verborrea y este silencio significan lo mismo. El conjunto se parece como una gota de agua a otra de agua, pues resulta que ambos grupos se rigen por el mismo principio vital -eje al que ya aludí: la ausencia de reflexión y la aceptación de un destino precario, materializado en la satisfacción de pequeños apetitos.

En unos -en los obreros y empleados de Ferlosio- esa ausencia de madurez espiritual se traduce en radicales silencios sobre las cuestiones capitales de la condición obrera y de la condición humana; en los otros, -esta viuda de clase media que vela el cadáver de su marido, en sus amigos y conocidos- por una faramalla de palabras nobles y sin sentido personal. Si ello es así, parece obligado trasladar la responsabilidad del plano literario al plano real y buscar en él, en las peculiaridades y fenómenos de la vida española de la posguerra, las

de palabras comunes y frases coincidentes, sino en lo que sea
conducta lingüística de cada uno, en lo que las propias palabras
revelan. Es sorprendente de esa similitud se encuentra pues en
la propia similitud, que niega básicas diferencias a los gru-
pos sociales tan alejados. Existe una rítmica y léxica ex-
plícita, pero no resulta satisfactoria: es la del igualitarismo
contemporáneo. Dado por supuesto ese igualitarismo de lengua
y modales en el conjunto de la sociedad española -casi que
la propia vida española nos muestra cada día- las diferencias
entre el lenguaje de grupos tan diversos entre sí por educa-
ción, ambiente, disponibilidades y aspiraciones entre sí que
resultan en los clichés coloquiales, o en el léxico, pero si
hablamos de manifestarse en las expresiones que forman prin-
cipales morales e ideológicas. Sin embargo, ambas líneas vie-
nen a mostrarnos como esa diferencia existe -y es enorme- en
la que no supone ninguna distancia sustancial. La expresión
de palabras coloquiales, morales y ideológicas en una
tante en la novela de Galdós. Hay además una oración que
sta a la posterior por parte de una cascada provincial de cla-
se media. Tales declaraciones están en "El Gato". Pero para
las verdaderas y este silencio significa lo mismo. El conju-
to se parece como una gota de agua a otra de agua, pues resul-
ta que ambos grupos se rigen por el mismo principio vital -
este es el que ya aludí: la ausencia de reflexión y la acepta-
ción de un destino preexistente, materializado en la satisfacción
de pequeños apetitos.

En una -es los errores y errores de los errores- esa ausencia
de valores espirituales se traduce en radicalismo al menos sobre
las cuestiones capitales de la condición eterna y de la con-
dición humana; en los errores, -esta vida de clase media que
vale el cadáver de su marido, en sus hijos y conocidos- por
una falta de palabras nobles y sin sentido personal. Si
ello es así, parece obligado trasladar la responsabilidad del
plano literario al plano real y buscar en él, en las penul-
timas y penúltimas de la vida española de la posguerra, las

causas de este achatamiento, de esta reducción vital de grandes sectores sociales a niveles casi extrahumanos, y, desde luego, extracivilizados.

El curso seguido por la vida española en los últimos treinta años se descubre en ambas novelas. Y acaso sea éste el mérito mayor de ambas y, por descontado, su seguro de supervivencia. Es absolutamente admisible pensar que, dentro de algunos años, "El Jarama" y "Cinco horas con Mario" cumplan como dos testimonios insobornables de este clima en que se desarrolló, floreció y murió la vida de las gentes españolas sometidas al silencio y al descanso total tras el esfuerzo violento de la guerra civil. Es un buen testigo, la palabra. Y en ambas obras, las palabras cotidianas nos enseñan la vida extirpada de todo intento noble y toda dinámica; la obra del hombre ha desaparecido en ellas y sólo queda la huella de un interés por disfrutar objetos. Los impulsos civilizados, la entrega a una vocación humana, están igualmente ausentes en una y otra novela. Las dos nos descubren un paraje habitado por seres que balbucean, ajenos a toda responsabilidad y en quienes la humanidad se adivina, no por las frases redondas o lacias de que se sirven, sino por la monótona apetencia de goces materiales sólo permitidos a la especie humana y, en breves e inesperados destellos, por una queja profunda y sorda que señala algo más que el dolor de la carne.

(Por supuesto, no se me escapa que parte de lo descrito o aludido -hedonismo, afán de consumo, despersonalización, automatismo racional y afectivo, autosatisfacción por el disfrute colectivo de símbolos, objetos o slogans, etc. etc.- forman parte de una época, la nuestra; no es vegetación exclusiva de España. Quizá el logro más cuajado de ambos libros consista en permitirnos descubrir lo genuino español en el contexto general de la civilización de masas. En mi entender, resulta lícito por ello calificar de extracivilizado al limbo nacional, aunque suene a paradoja tras insertarlo en el gran Limbo de las



caso de este momento, de esta realidad vital de gran
des sectores sociales a niveles casi extrínsecos, y desde
luego, extrínsecos.

El curso seguido por la vida española en los últimos treinta
años se desarrolla en ambas novelas. Y acaso sea este el mérito
mayor de ambas y, por descontado, su signo de supervivencia.
La novela es un mundo que, dentro de algunas reglas,
"El Jarama" y "Cinco horas con María" cumplen como los testi-
monios insuperables de este clima en que se desarrolla, tie-
rce y surge la vida de las gentes españolas sometidas al as-
tuto y al descanso total tras el esfuerzo violento de la que-
rida civil. Es un buen testimonio, la palabra. Y en todas obras,
las palabras españolas nos enseñan la vida española de todo
intento nuevo y con dignidad. La obra del hombre ha de ser
alta en ellas y alta queda la historia de un hombre por dentro
por dentro. Las palabras españolas, la cultura a una voz
esta cultura, esta cultura española en sus y en su historia.
Las dos son de hecho un gran mundo por dentro por dentro
una, aguda a toda responsabilidad y en su propia inmensidad
en ellas, se por las líneas redondas o justas de que se
van, sino por la condición específica de gases materiales. Así
perpetuas a la especie humana y, en bruto a la naturaleza des-
tino, por una gran fuerza y vida que habla algo más que
el dolor de la carne.

(Por supuesto, no se escapa por parte de lo descrito o in-
fide-mentado, sino de consuno, despersonalización, auto-
tismo racional y electivo, autoestaticidad por el distinte so-
lectivo de sí mismo, objetos e ideas, etc., etc., forman par-
te de una época, la nuestra; no es vegetación exclusiva de la-
país. Pero el lenguaje más enajenado de ambas libros consiste en
particular descubrir lo humano español en el contexto que-
roj de la civilización de masas. En mi entender, resulta lícito
lo por ello calificar de extrínsecos al libro nacional,
cuando viene a pararse tras insertarlo en el gran libro de las

masas desarrolladas de nuestra época. Pero tal es lo genuino: la pervivencia tenaz de un vino viejo y miserable en las ^{muertes} ~~diversas~~ odres).

LAS PALABRAS USUALES.

Me resulta imprescindible a estas alturas ofrecer unos breves extractos del libro de Delibes. El procedimiento empleado por el novelista -un largo monólogo reiterativo, respuesta mecánica de esa mujer a las frases subrayadas por su marido en la Biblia familiar a lo largo de los días- permiten eludir cualquier sistematización. Espigando al azar en unas cuantas páginas, el resultado de tan torpe siega es absolutamente representativo. Pero, además, el procedimiento, por gracia del propio automatismo, sirve para otorgar a esa antología un superior valor al del puro ejemplo novelesco.

Esa antología de necesidad y ruindad, de pequeños egoísmos casi animales y de estupidez suma proporcionalmente no sólo la silueta del personaje, tal y como Delibes lo monta, sino lo que para mí resulta más importante, el clima general de una clase en una época. Porque el friso reproducido aquí al azar de las ojeadas, no es tanto el muestrario de léxico de un personaje literario como la apropiación de las palabras comunes de cualquier mujer de nuestras provincias medianamente acomodada. (Una advertencia obvia: ni en Delibes, ni en Ferlosio antes, hay una recogida mecánica de léxico; no se trata en ninguno de los casos de un documento en cinta magnetofónica, sino de algo más profundo y significativo que proviene de la recreación del lenguaje cotidiano. Para serlo, la literatura precisó siempre representar la realidad, no transcribirla).

Bien. En "Cinco horas con Mario", éstas son las palabras de una española de nuestro tiempo.

"Que uno no se puede poner el mundo por montera, cada cual ha de vivir en la sociedad como le corresponde. La categoría obli-

masas descontroladas de nuestra época. Pero tal es la ganancia
 la pervivencia de un vino viejo y añejo, en las
 (estas obras).
 LAS PALABRAS USUALES.

no resulta imprescindible a estas alturas ofrecer más breves
 extractos del libro de Delibes. El procedimiento empleado por
 el novelista - un largo monólogo reflexivo, respuesta a un
 es de una mujer a las frases subrayadas por su marido en la
 bita familiar a lo largo de los días - permite elegir cualquier
 sistematización. Capicando al leer en esas cuantas páginas, el
 resultado de tan torpe tarea es absolutamente representativo.
 Pero, además, el procedimiento, por gracia del propio sistema
 tiene, sirve para otorgar a esa anatomía un carácter valor al
 del puro ejemplo novelístico.

Las palabras de necesidad y urgencia, de palabras esenciales en
 animales y de estúpido como protección de vida la especie del
 personaje, tal y como Delibes lo muestra, sino lo que para el re-
 sulta más importante, el clima general de una época en un des-
 co. Porque el libro reproduce aquí el error de las otras, no
 en tanto el material de léxico de un personaje literario co-
 mo la apropiación de las palabras comunes de cualquier mujer
 de nuestra provincia medianamente acomodada. (Los advierten-
 cis obvia: ni en Delibes, ni en Ferrás antes, hay una recorri-
 de palabras de léxico; no se trata en absoluto de los casos de
 un documento en cinta magnetotónica, sino de algo más profundo
 y significativo que proviene de la recolección del lenguaje coti-
 diano. Para serlo, la literatura precede siempre representando la
 realidad, no transcribiendo).

bien. La "línea" tiene con "línea", éstas son las palabras de una
 época de nuestra época.
 "que uno no se puede poner el mundo por nosotros, cada cual ha
 de vivir en la sociedad como le corresponde. La categoría está

ga, tonto de capiroto, y un catedrático no digo que sea un ingeniero, pero es alguien, creo yo..." (página 54). "Es lo mismo que con Bertrán, ¿tú crees que está ni medio bien que un catedrático se deje ver en público con un bedel? Pues naturalmente que no, botarate, que no parece sino que fuese una rara, lo mismo que lo de poneros de palique, pues no señor, a lo sumo "buenos días" o "buenas tardes", no por nada, sencillamente porque son dos mundos distintos" (pág. 54). "Mira Mario, veintidós años y todo el día de Dios leyendo o pensando, y leer y pensar es malo, cariño, convéncete, y sus amigos idem de lienzo, que me dan miedo la verdad. No nos engañemos, Mario, pero la mayor parte de los chicos son hoy medio rojos, que yo no sé que les pasa, tienen la cabeza loca, llena de ideas estrambóticas sobre la libertad y el diálogo y esas cosas de que hablan ellos. ¡Dios mío, hace unos años, acuérdate! Ahora no le hables a un muchacho de la guerra Mario, y ya sé que la guerra es horrible, cariño, pero al fin y al cabo es oficio de valientes, que de los españoles dirán que hemos sido guerreros, pero no nos ha ido tan mal, me parece a mí, que no hay país en el mundo que nos llegue a los talones, ya le oyes a papá, "máquinas no; pero valores espirituales y decencia para exportar". Y tocante a valores religiosos, tres cuartos de lo mismo, Mario, que no conocen la vergüenza ni por el forro. Aquí, gracias a Dios, de eso, fuera de cuatro pelanduscas, nada, tú lo sabes, mírame a mí, es que ni se me pasa por la imaginación" (pág. 60). "Bueno, pues tú, dale conque era anormal que un niño tan chico pensase esas cosas, ya ves, como lo de llamar sotas a los soldados o marcharse al campo solo a hacer una hoguera, ¿qué de particular tiene? "Hay que llevarle al médico", qué ocurrencia, imagínate que a cada niño que le dé la idea de hacer una hoguera hubiese que llevarle al médico, lo mismo que lo de Menchu con los estudios, a la niña no le tiran los libros y yo la alabo el gusto, porque en definitiva, ¿para qué va a estudiar una mujer, Mario, si puede saberse? ¿Qué saca en limpio con ello, dime? Hacerse un marimacho, ni más ni menos, que una chi

En tanto de nosotros, y una catástrofe no digo que sea un in-
 geniero, pero es alguien, como yo... (página 54). "La historia
 de uno con Bertrán, y él cree que está al medio bien que un
 redactor se deje ver en público con un pedo? Esas naturas
 se que no, detente, que no parece sino que fuera una vara, lo
 mismo que lo de poner de palique, pues no seña, a lo sumo
 "buenas días" o "buenas tardes", no por nada, sencillamente
 porque son los mundos distintos" (pág. 54). "Mira María, veis-
 tida esos y todo el día de Dios leyendo o pensando, y leer y
 pensar es malo, carino, convénzete, y sus amigos iban de lien-
 za, que se han visto la verdad. Me nos enseñaron, María, pero
 la mayor parte de los chicos son hoy medio rojos, que ya no sé
 que les pasa, tienen la cabeza loca, llena de ideas estrambor-
 ticas sobre la libertad y el diablo y con cosas de que hablan
 ellas. ¡Dios mío, dame una idea, convénzete! Ahora no la he
 a un momento de la guerra María, y ya sé que la guerra es un
 estado, acéptalo, pero si tú, ¿qué sabes tú de la guerra?
 que de los españoles tiene que haber sido guerra, pero no
 que de los que son, me parece a mí, que no hay país en el que
 de que nos liguen a los toreros, ya lo oyes a papá, ¿verdad?
 no; pero vamos espírituales y burocracia para exportar. Y so-
 bre a valores religiosos, tres cuartos de la misma, María,
 que no conocen la vergüenza ni por el toro. ¡Dios, convénzete!
 Dios, lo que, fuera de cuatro polichinacas, nada, ni la guerra,
 viene a mí, en que ni se me pasa por la imaginación" (pág. 55).
 "Bueno, pues tú, ¿qué sabes tú de la guerra? que un niño tan chi-
 co pensase esas cosas, ya ves, como lo de llamar a los a
 soldados o matarlos al campo solo a hacer una guerra, ¿verdad?
 de particular tiene? "Hay que llevarle al médico", que se acuerde
 eso, imagínate que a cada niño que le dé la idea de hacer una
 guerra hubiera que llevarle al médico, lo mismo que lo de hoy
 que con los estudios, a la niña no le traen los libros y ya la
 alabo el gusto, porque es delictiva, ¿para qué ve a estudiar
 una mujer, María, si queda aborrecida? ¿qué cosa es limpiar con
 ella, dime? Hacerte un marimacho, al más al menos, que una chi-

ca universitaria es una ehica sin femeneidad, no le des más vueltas, que para mí una chica que estudia es una ehica sin se xy, no es lo suyo, vaya, convéncete. ¿Estudié yo, además? Pues mira, tú no me hiciste ascos, que a la hora de la verdad, con todo vuestro golpe de intelectuales, lo que buscáis es una mujer de su casa, eso, y no me digas que no, menudos ojos de carnero degollado me ponías, hijo, que dabas lástima y, en el fondo, si me conoces en la Universidad hubieras hecho fu como el gato, a ver, que a los hombres se os ve venir de lejos y si hay algo que lastime vuestro amor propio es tropezar con una chica que os dé ciento y raya en eso de los libros"... (pág. 75-76). Y tocante a valores religiosos, no digamos, Mario, cariño, lo que pasa es que ahora os ha dado la monomanía de la cultura y andáis revolviendo cielo y tierra para que los pobres estudien, otra equivocación, que a los pobres les sacas de su centro y no te sirven ni para finos ni para bastos, les echáis a perder, convéncete, en seguida quieren ser señores y eso no puede ser, cada uno debe arreglárselas dentro de su clase como se hizo siempre" (pág. 78)... "Y ten por seguro que don Nicolás cada vez que comulga lo hace en pecado mortal, porque don Nicolás es una mala persona y si te entró por el ojo derecho es sencillamente porque te defendió cuando lo del guardia, la noche aquella, que aunque te pegase, ya ves tú, que yo no me lo creo, la ley es la ley y si está prohibido atravesar el parque en bicicleta, pues ya se sabe, que lo mires por donde lo mires, el guardia cumplía con su deber y si te hubiera matado, pues en acto de servicio, fíjate, pues qué quieres que te diga, porque sí, porque así son las cosas, porque las han establecido de esa menra, y no será grave si quieres, pero has infringido la ley, y el otro, con el uniforme, pues, a ver, tiene que defenderla, para eso le pagan, que vosotros creéis que una vez que se deja de ser niño se tiene derecho a todo, y qué va, estáis pero que muy equivocados, de mayor hay que seguir obedeciendo como de pequeño, claro que no al padre o a la madre, pero a la autoridad sí, la autoridad hace las veces ¡arregados estaríamos si no!" (pág. 80) ... Una cosa, Mario,

aquí, para inter nos, que no me he atrevido a decirte antes, escucha; yo no daré un paso por informarme si es cierto lo que dice Higinio Oyarzun de que te reunías los jueves con un grupo de protestantes para rezar juntos, pero si sin ir a buscarlo alguien me lo demostrase, aun sintiéndolo mucho, hazte a la idea de que no nos hemos conocido, de que nuestros hijos no volverán a oírme una palabra de ti, antes prefiero, fíjate bien, que piensen que son hijos naturales, que con gusto tragaré ese cáliz, que decirles que su padre era un renegado. Sí, Mario, sí, estoy llorando, pero bueno está lo bueno, que yo paso por todo, ya lo sabes, que a comprensiva y a generosa pocas me ganarán, pero antes la muerte, fíjate bien, la muerte, que rozarme con un judío o un protestante. Pero ¿es que vamos a olvidarnos, cariño, de que los judíos crucificaron a Nuestro Señor? ¿Adónde vamos a parar por este camino, si me lo puedes decir? Y, por favor, no me vengas con historias de que a Cristo le crucificamos todos, todos los días, cuentos chinos, que si Cristo levantara la cabeza, da por seguro de que no vendría a rezar con los protestantes, ni a decir que los pobres vayan a la Universidad, ni a comprar "Carlitos" a todos los vagos de Madrid, ni a ceder la vez en las tiendas, ni, eso fijo, a tirar lechazos a Hernando de Miguel por el hueco de la escalera. Tenéis un concepto muy pobre de Cristo, a lo que veo, querido (pág. 90)...".

Tales son las palabras, y tal la mujer que las usa. Lo hace fluidamente, sin rectificar, del mismo modo que se suda o se segrega saliva. Acaso pueda parecer que recogí lo más extremo de esa simplísima operación mental. Pero cada uno de los conceptos aquí exhibidos se oculta y reaparece en un suave flujo y reflujo. Hay otros, idénticos, destinados a descubrir o valorar nuevos pequeños episodios personales que apenas se distinguen entre sí.

Toque a la jerarquía social, las relaciones entre las clases, el papel de la cultura en la vida de los hombre, las ideologías políticas, la guerra, el patriotismo, los valores espirituales, la educación de los hijos, la condición femenina, la justicia,

... para saber nos, que no se atrevió a decirnos
 esas; yo no sé en vano por informarme al respecto lo
 dice Miguel Oyarzun de que se reunían los jóvenes con un grupo
 de protestantes para tomar juntos, pero al fin a las
 algunas me lo demostró, con algunas palabras, hasta a la
 idea de que no nos hemos conocido, de que nosotros hijos no voi
 verda a firme una palabra de ti, antes prefiero, lláse bien,
 que piensen que son hijos naturales, que con gusto te acordé con
 ellas, que decirles que me había que un momento. El, María, al
 estar hablando, pero bueno está lo bueno, que yo pose por lo
 de, ya lo sabes, que a emprensiva y a general como se llama
 era, pero antes en mente, lláse bien, la mente, que te había
 con un hijo a un protestante. Pero las que vamos a civilizar,
 oírlo, de que los hijos crucificados a Miguel Oyarzun, María,
 de vamos a parar por esta causa, al de lo que me decía, por
 favor, de me voy con historia de que a María la crucificaron
 no se atrevió a decirnos, que me había que un momento, pero
 que la culpa, de por encima de que me enseñó a leer con los
 protestantes, al decir que los hijos voy a la Universidad,
 al a comprar "Castillo" a todos los vases de María, al a decir
 la vez en las tiendas, al, eso tipo, a tirar lecciones a María,
 de de Miguel por el hueso de la escudera. También un momento
 muy parte de Cristo, a lo que ves, querida (pág. 30)...

Tales son las palabras, y así la mujer que les usa. Lo hace
 libremente, sin rectificar, del mismo modo que se anda a se
 siempre activa. Sólo puede parecer que tenga la más extrema-
 de de esa singular operación mental. Pero cada uno de los cog
 cejos así exhibidos se oírta y respóndese en un modo tímido
 y reflexivo. Hay otros, idénticos, destinados a desmenujar o valio-
 rar nuevas maneras epistémicas personales que apenas se distin-
 guen entre sí.

Lo que a la jerarquía social, las relaciones entre las clases,
 el papel de la cultura en la vida de los hombres, las ideologías,
 políticas, la guerra, el positivismo, las voces espirituales,
 la educación de los hijos, la condición femenina, la justicia,

la castidad, la autoridad, la ley, el orden establecido, la reconciliación de los cristianos o la propia figura de Cristo, el pensamiento de esta mujer, aunque se exprese mediante formas racionales, es visceral. Insisto en que escogí al azar unas cuantas páginas de la novela, pero si hubiese hecho la cala en cualquier otra parte, los resultados habrían sido idénticos.

La concepción del mundo de esta mujer se encuentra presidida siempre por las luces planas del bien y el mal (lo que equivale a una atrofia de la visión, a no distinguirlos). De tal forma, quienes quedan a un lado son sospechosos de cualquier delito y los que se sitúan en la plena luz poseen todas las virtudes. No hay en ella un adarme de inteligencia de la realidad, ni un atisbo de comprensión y duda, sólo un manantial inagotable de apriorismos y algunas pocas formulaciones de deseos materiales -tener un coche, o que los hijos no le den disgustos, o cansarse menos y llegar a fin de mes con tranquilidad. El tono agresivo del soliloquio es engañoso y proviene más de la propia mecánica de la fluencia que de una actitud consciente. Esta mujer ha sentido ajeno el mundo de su marido -representado por las frases que éste subrayó en la Biblia familiar. Conoce la existencia de ese mundo y de otros igualmente exteriores y contrapuestos, pero no comprende. No intenta explicarse nada; como mucho, constatarlo, señalar esa distancia y afirmarse en su dolor de mujer-objeto, desamparada, pues en su propia concepción de la vida (más exactamente, en la realidad que vive) el estado de viudedad es un estado calamitoso.

No creo que nadie se atreva a definir las palabras y frase elegidas como parte de un pensamiento coherente, personal o mimético, pero gestado en la conciencia. Son, como mucho clichés asimilados por procedimientos de presión, absorbidos desde la infancia merced a un sistema educativo, al que hay que calificar por sus frutos de inhumano. Ese sistema quiere a la mujer apartada de los verdaderos negocios del mundo, inmune a la necesidad de progreso y liberación, útil de un inmóvil estado de cosas. En ninguna de tales pretensiones, la mujer aparece do-

la realidad, la autoridad, la ley, el orden establecido, la
reconstrucción de los cristianos o la propia figura de Cristo,
el pensamiento de esta mujer, cuando se expresa mediante formas
racionales, es visceral. Insiste en que es así el ser humano
cuantas páginas de la novela, pero el hombre como la vida en
cuanto a esta parte, los resultados habrían sido idénticos.
La concepción del mundo de esta mujer se encuentra presidida
siempre por las ideas que el bien y el mal (lo que equivale
a una especie de la vida, a no distinguirlas). De tal forma
que, cuando queda a un lado son responsables de cualquier mal-
ta y los que se sitúan en esta parte los poseen todos los virt-
des. No hay en ellas un abismo de inteligencia de la realidad,
si un abismo de comprensión y nada, sólo un abismo inabita-
ble de equívocos y algunas pocas formulaciones de deseos que
parecen tener un anhelo, a que los hijos no se den a la vida
y cuando vienen y llegan a límites que son insuperables. El ser
humano vive en un mundo de ideas y sentimientos que se
para mujer ha sentido ajeno el mundo de su marido -perpetua-
do por las cosas que ésta aglutina en la vida familiar. Pero
es la existencia de ese mundo y de otros igualmente existentes
y contradictorios, pero no comprendidos. No intenta explicar na-
da; como mucho, constata, señalar esa distancia y aliviarla
en su dolor de mujer-objeto, desamparada, pues en su propia con-
cepción de la vida (más existencialmente, en la realidad que vive)
el estado de vigencia es un estado existencial.
No cree que nadie se atreva a definir las palabras y frases que
dada como parte de un pensamiento coherente, personal o más
tico, pero gustada en la conciencia. Son, como mucho clichés
realizados por procedimientos de prosa, abarcados desde la
intención merced a un sistema obsesivo, al que hay que enlir-
car por sus frutos de humano. Ese sistema quiere a la mujer
apartada de los verdaderos negocios del mundo, inerte a la re-
lación de progreso y libertad, débil de un mundo que está de
causa. En algunas de tales pretensiones, la mujer aparece do-

tada de atributos excelsos, salvo el de la maternidad, que la llega por lo demás de idéntica manera mecánica e incomprensible. Así ubicada, esa mujer, al expresarse, se manifiesta como una excrecencia monstruosa, de fisiología y apariencia humana, pero virtualmente incapacitada para participar de modo activo en cualquier transformación del mundo. En fin de cuentas, se la sitúa así y se la imbuyen tales aforismos -ni siquiera principios- porque los hombres de su clase -sus padres, sus maridos- suponen que no debe desearse ningún cambio, ya que ^{provocaría una catástrofe universal (al egoísmo siempre buscó ~~los~~ traies altruistas)} te redundaría en su perjuicio. De no ser Mario, su marido, un ^{un trillón} pequeño intelectual provinciano, de no haber cometido tal error esta mujer, su soliloquio de viuda contendría idénticas palabras, sólo habría cambiado el tono. Esta amargura, nacida de la sospecha de haber cohabitado con el Enemigo, habría sido sustituida por una segura línea triunfal o sencillamente afirmativa, según la tensión somática del momento. El dolor, en el personaje de Delibes, surge del miedo animal a la calamidad (la viudez). Y sólo en escasos momentos resulta negada esta regla.

Es curioso advertir cómo la Carmen de la novela de Delibes queda muy lejos de otras infinitas heroínas de la literatura española -sean o no burguesas. Nada tiene que ver con Fortunata, Jacinta, la Ana de Clarín, la Tula Unamuniana o las Lucindas ^{aquellas} de Lope. Confundidas, vacilantes, empecinadas o dulces, ~~estas~~ ^{esas} mujeres participan de la vida, intentan moldearla, acusan sus mordiscos y responden a ellos. Esta ^{casell de} mujer ya no tiene esa opción. Su degeneración es tal que sólo repite como un loro. En definitiva, tal es el valor de su lenguaje.

LA INOCENCIA DEL LIMBO.

Mientras leía "Cinco horas con Mario", me interrogaba por un punto de extrema importancia en todo este asunto: la inocencia de esa mujer, lo que es decir de una cierta clase de mujeres españolas. Me obligaba a ello no sólo la figura central, sino



tanto de virtudes excepcionales, salvo el de la sensibilidad, por la
 ligera por lo tanto de idéntica manera mecánica e inconscientemente
 de. Al mismo tiempo, esa mujer, al expresarse, se enfrenta con
 un mundo exterior monstruoso, de fisiología y psicología. Pero
 como, por virtud de la incomprensión para comprender de modo
 activo en cualquier transformación del mundo. En fin de cuentas
 que, en la vida real y en la imaginación tal vez alguna - al mismo
 en principio - porque los hombres de su clase - los padres, sus
 amigos - suponen que no debe haberse ningún cambio, y que de
 la realidad en su totalidad. No se ve nada, un mundo, un
 mundo intelectual gravitante, de no haber cometido tal error
 esta mujer, en su vida de vida cotidiana idéntica a la
 pues, sólo puede concebir el mundo. Esta mujer, nacida de
 la conciencia de haber existido con el mundo, había sido un
 mundo por un mundo. Línea trilateral o sencillamente al mismo
 y, según la tensión realista del mundo. El dolor, en el por-
 tado de la vida, en el mundo animal y la realidad de
 vida. Y sólo en esas condiciones resulta posible esta vida.
 En cambio, cuando como la Carmen de la novela de Balzac que
 es más lejos de esas intenciones heroicas de la literatura. En
 vida - sea o no heroica. Nada tiene que ver con Fortunio,
 Juana, la Ana de Girón, la Fina Umaniana o las Lucinas
 de los. Catalanas, valencianas, empujadas o dulces, como
 esas mujeres participan de la vida, intencionalmente, en
 sus mundos y responden a ellos. Esta realidad social
 propia. Se genera en tal que sólo existe como un for. En
 definitiva, tal es el valor de su lenguaje.

LA INOCENCIA DEL MUNDO

Mientras que "Cinco horas con María", me interrogaba por un
 grado de extrema importancia en todo esto: la inocencia
 de esa mujer, lo que es decir de una cierta clase de mujeres
 españolas. No obliques a ella en sólo la figura central, sino

la breve galería de vidas femeninas que desfilan por su memoria y que, con pequeños matices, participan en su casi totalidad de idéntica condición a la ya descrita. Podrá parecerle a alguien tal cosa una cuestión académica, pero resulta que una ligera ojeada a la vida española nos señala lo contrario.

El inmovilismo, la injusticia, el sopor de la vida española presente tiene su origen en la ideología expresada por esta clase de mujeres. No son ellas desde luego responsables y sabemos que han sido otros los instrumentos activos usados para configurarla así. A tal sopor se ha llegado tras la violencia y la coacción, expresas y tácitas, enraizadas a su vez en la íntima coacción personal que surge de nuestra guerra. Pero es el caso que si las mujeres de la clase media española no son responsables de esta configuración vital, sí son en cambio un reducto seguro de la misma. Y cada vez que una nueva tensión apareció en los últimos años, a cada nuevo factor dinámico susceptible de alterar la miserable siesta nacional, esas mujeres han obrado como piezas maestras del sistema defensivo. Se ha apelado precisamente a ellas en primer lugar y puede decirse que responden fielmente y de manera refleja a tales instancias. Cabe describir su conducta como la de los robots. Y es aquí donde nace la cuestión apuntada.

Aunque lo último sea cierto en gran medida, existen unos límites que distinguen a la persona humana de las máquinas. Leyendo "Cinco horas con Mario", desgranando una a una esa inconcebible confesión de vaciedades sin sentido, se asiste a la descripción de la conducta general de un grupo humano al que le han sido amputados sus atributos. Pero ocurre que el ser humano se caracteriza por una conciencia alerta, un último destello de comprensión y raciocinio que no le abandona, una irremediable asunción de la realidad que le conduce a la duda y de ahí a la acción. En tales condiciones, resulta muy cuesta arriba absolver las conductas de los hombres aplicándoles al módulo de las máquinas o de las especies animales.

is prove... de las mujeres...

El individualismo, la injusticia, el rigor de la vida española... debe ser la condición humana...

Aunque lo mismo sea cierto en gran medida, existen unas limitaciones... de las mujeres...



En este sentido, el caso de Carmen, la protagonista de "Cinco horas con Mario", es ejemplar. De manera sistemática, Carmen se niega a aceptar el mundo de su marido. Ese hombre es un intento tímido, risible, confuso y heróico de organizar la vida de manera más humana y justa, tanto la existencia íntima como la colectiva. A través de este personaje literario se contempla el mismo proceso que en la realidad de nuestro país han conducido a esa clase de mujeres a una actividad beligerante frente a ese tipo de hombres; los móviles que las llevan a herir a su contorno, sin importarlas que sea próximo, íntimo o amigo. A través de las remembranzas del personaje, se asiste a todo un sistema de órdenes, consejos, compulsiones a las que esa mujer obedece ciegamente y que provienen de amigos, compañeros, iguales, familiares. En este caso, la víctima es siempre Mario, el marido; y su propia esposa no se pregunta en ningún instante por su papel de verdugo del ser que quiere; ni en una sola ocasión se interroga sobre la necesidad de rebelarse contra tales sugerencias; no hay un asomo de comprensión para el dolor del hombre con quien comparte la existencia; para su heroicidad o sus tareas, sus mínimas rebeldías, sus ansias o sus reproches, su afán por unas formas más llevaderas y amorosas, por un civilizado trato de los hombres entre sí. Lo que es más grave, esta mujer, que asiste cotidianamente al dolor y amargura del esposo, no se interroga jamás por qué ella es también causa de ese dolor. Sólo al final, asistimos a su llanto y a una súplica expresa de perdón, pero que no surge de reconocer su papel destructor, sino del remordimiento, del sufrimiento ante una culpa propia, por la cual ella resulta tan víctima como él, o tal vez más; y así, ese llanto y la clemencia solicitada se dirigen más a sí misma, a su oscuro y elemental sentimiento de la propia herida, que al marido, ya muerto, ignorante del hecho para siempre. La Carmen de "Cinco horas con Mario", como los robots, no pone en causa su conducta, la asume y la da por la mejor sin que advierta como posible otra cosa distinta. La ausencia de conocimiento aleja de estas mujeres toda condena.

En este sentido, el caso de Carmen, la protagonista de "Cinco
 horas con María", es ejemplar. De manera sistemática, Carmen
 se niega a aceptar el mundo de su marido. El hombre es un in-
 tento tímido, risible, confuso y perdido de organizar la vida
 de manera más humana y justa, tanto la existencia íntima como
 la colectiva. A través de este personaje literario se consen-
 ta el mismo proceso que en la realidad de nuestro país han
 ocurrido a esa clase de mujeres a una actitud beligerante. Frey-
 te a ese tipo de mujeres; los móviles que las llevan a rebelarse
 a su entorno, sin importarle que sea próximo, íntimo o amigo.
 A través de las remembranzas del personaje, se establece todo
 un sistema de órdenes, coacciones, compulsiones a las que se su-
 jetan estrictamente y que previenen de males, castigos,
 iguales, facilidades. En este caso, la víctima es siempre María,
 el marido; y su propia esposa se pregunta con cuánta guberna-
 ra se portan para el verdadero del ser que aparece en una vida
 esta vida. En esta vida, la existencia es una realidad que se
 les impone; en sus actos se encuentran los actos de dolor
 del hombre con quien comparte la existencia; para su felicidad
 y sus tareas, sus mismas reveladas, sus ansias a sus me-
 jores, su alba por una forma más llevadera y amable, por
 un civilizado trato de las mujeres entre sí. De que se más que
 se, esta mujer, que existe cotidianamente al lado y al frente
 del esposo, no se interesa tanto por qué ella en también como
 se de ese dolor, sólo al final, salta a se llanto y a una
 súbita expresión de grito, pero que no surge de reconocer su
 papel destructor, sino del reconocimiento, del sentimiento ante
 ese origen propio, por la cual ella resulta tan víctima como él,
 a tal vez más; y así, ese llanto y la elemental solididad se
 dirigen más a sí misma, a su oscuridad y elemental sentimiento de
 la propia herida, que al marido, ya muerto, ignorante del he-
 cho para siempre. La Carmen de "Cinco horas con María", como
 las demás, no gana en cosas su ambiente, en amor y la de por
 la mejor sin que advierta como posible otra cosa distinta. La
 ausencia de conocimiento de las mujeres toda condena.

Sucias las manos pero con los ojos vendados, son incapaces de distinguir por sí mismas la propia suciedad, no se les puede ocurrir buscar las causas; al contrario, convencidas de su immaculado porte, no es posible estimar en ellas otra cosa que la irresponsabilidad del animal vandálico.

Hay una frase de León Trostky en su "Autobiografía" que recordé al terminar la lectura del libro, tras sorprender la definitiva ausencia de autorreflexión y autoenjuiciamiento en esa mujer. "El mal -dice el revolucionario ruso- consiste en no dar un sentido a la vida". Es esto lo que le sucede a la mujer retratada por Delibes; y lo que explica también el uso que de ella hacen sus "pares". Esa mujer vive en el mal porque le faltó siempre conciencia para elegir, su destino le es impuesto y nada posibilita su liberación por ella misma. Pero vive en el mal, no en un apartado y ameno rincón de rosada luz infantil. Vive en el mal y se la utiliza para hacer el mal. Por ello es necesaria esa peculiar inocencia animal. Sólo tras el aprendizaje de un reglamento de horas que contiene ideas falaces sobre la vida y la muerte, el placer y el sufrimiento, puede esa mujer hacer el mal a su alrededor sin sufrir las consecuencias de su acción, pues lo hará del mismo modo que el camaleón muda el color de su piel, no por una decisión libre y esforzada, sino por la simple presión cromática del ambiente. La impureza y la culpabilidad de esas mujeres son reales, y poseen dimensiones mensurables, más ellas son ajenas porque su razón fue conservada virgen. El mal alienta en ellas porque, siendo seres humanos, se niegan a vivir humanamente. De ello se deriva su papel instrumental. No es posible juzgarlas y condenarlas. Mas sí reconocer que nos encontramos ante un mal objetivo, no ante una realidad rosada, infantil. Esa es la apariencia y también los modales. Pero ambos esconden una realidad distinta. En otras palabras, en el Limbo sigue habitando el mal, que el burgués español no se engañe con manipulaciones risueñas.

A la novela de Miguel Delibes le espera, a mi entender, larga vida. Su sencillez, y hasta su simplicidad, son también su for



En las mentes pero con los ojos vendados, son incapaces
de distinguir por sí mismas la propia esclavitud, no se les
de ocurrir buscar las causas; al contrario, convencidas de su
inmutabilidad por lo que es posible estimar en ellas cosas que
de irresponsabilidad del animal vendados.

Hay una frase de Rodolfo Arizpe en su "Anatomía del poder"
de la literatura lectora del libro, tras ser llamado a la
una sucesión de acontecimientos y acontecimientos en su
autor. El mismo el revolucionario tras - cuando en el
se describe la vida. En esta época se suceden a la vez
para las mujeres y niños también al respecto de ella
para sus "hermanos". Las mujeres en el país por lo tanto
siempre conscientes de su situación, se ven en la imposibilidad
de resistir a las condiciones de vida. Para ellas es el mal
no es un accidente y cuando viene se queda en su vida.
Se ven a la vez en la vida por lo tanto. Las mujeres se
se ven a la vez en la vida por lo tanto. Las mujeres se
vida y la muerte, el dolor y el sufrimiento, porque por su
hacer el mal a su alrededor sin salir las consecuencias de su
acción, pues lo hará del mismo modo que el caballo más el
por de su pie, no por una decisión libre y voluntaria, sino por
la simple presión económica del ambiente. La impureza y la sub-
pabilidad de esas mujeres son reales, y pasan dimensiones con-
tantes, más ellas son ojanas porque en todas las condiciones
virgen. El mal alcanza en ellas porque, siendo seres humanos,
se niegan a vivir humanamente. De ello se deriva su papel ins-
trumental. No es posible juzgarlas y condenarlas. Mas si reso-
nocer que nos encontramos ante un mal objetivo, no ante una
realidad rosca, infantil. Las es la apartación y también los
modales. Pero antes esconden una realidad áspera. En otras
palabras, en el libro sigue hablando el mal, que el burgués
español no se engaña con manipulaciones raras.

A la novela de Miguel Delibes le espera, a mi entender, larga
vida. Su sencillez, y hasta su simplicidad, son también su fort-

taleza.

Como decía, será, con "El Jarama" y poco más, obligada referencia para quienes dentro de unos años busquen conocer el estado espiritual de la sociedad española de nuestra posguerra civil. Encontrarán en ella la descripción exacta del vivir de las mujeres de clase media, y también su servidumbre y las consecuencias de todo ello en el resto de la sociedad. A través de esas trescientas páginas plagadas de tópicos, ruindad y vacío le será permitido a un lector futuro atisbar la atmósfera que ha presidido y todavía preside la vida en nuestro país. Pero yo le desearía un destino todavía mejor a "Cinco horas con Mario". Que gracias a su poder de convicción, a su fuerza recreadora, sus páginas sirvan para abrir ahora los ojos a algunas mujeres y hombres de nuestra España presente. Desear tal cosa para las coetáneas de Carmen, su personaje, es seguramente una quimera. Pero la inhumana degradación de la mujer no acabó en ellas, el Limbo sigue abierto y no es bueno que cada día nuevos seres humanos crucen su umbral.

La modificación inmediata de la realidad no es, desde luego, faena que haya de cumplir un libro; tampoco le es ajena. Util de conocimiento -a más de otras muchas y nobles cosas- la literatura no es una herramienta para lograr conversiones espectaculares; tampoco es, sin embargo, un esfuerzo vano. Muy al contrario: la realidad iluminada por la literatura es semilla que, lenta en fructificar, no muere. "Cinco horas con Mario", por su sola entidad literaria, constituye un noble y bello aviso para que clausuremos el lugar que todavía hoy es destierro obligado de una gran mayoría de nuestros compatriotas.

MD

talera.

Como hecia, será, con "El Jarama" y poco más, elegida refe-
 rencia para quienes dentro de unos años puedan conocer el es-
 tado espiritual de la sociedad española de nuestros posteriores
 siglos. Encontrarán en ella la descripción exacta del vivir de
 las mujeres de clase media, y también su servidumbre y las con-
 secuencias de todo ello en el resto de la sociedad. A través
 de esas crecientas páginas algunas de las épocas, ritos y va-
 rios se verá permitido a un lector futuro estudiar la evolución
 que ha prescrito y todavía prescribe la vida en nuestro país. Pa-
 ra yo la desearía un destino todavía mejor a "Cinco horas con
 María". Que gracias a su poder de convicción, a su fuerza re-
 creadora, sus páginas sirvan para abrir los ojos a algu-
 nas mujeres y hombres de nuestra época presente. Que así sea
 para las costumbres de España, su personaje, su organiza-
 ción universal. Para la humana degradación de la mujer de
 hoy en día, el libro sigue siendo y no se cansa de ser
 una nueva y hermosa creación en el mundo.

La modificación inmediata de la realidad no es, desde luego,
 tarea que haya de cumplir un libro; tampoco lo es alguna. Allí
 de conocimiento - a más de otras muchas y nobles cosas - la li-
 teratura no es una herramienta para lograr conversaciones espec-
 taculars; tampoco es, sin embargo, un espejo vano. Hoy al
 contrario; la realidad iluminada por la literatura es sencilla
 que, lejos de frustificar, no enoja. "Cinco horas con María",
 por su sola entidad literaria, constituye un noble y bello vi-
 so para que clasuremos el lugar que todavía hoy es destino
 obligado de una gran mayoría de nuestros contemporáneos.